



2000 ROMÁNTICOS

IV Certamen Juvenil de Relatos de Terror

ALEXANDRA
TINTANEGRA





www.loqueleo.com/es

© De esta edición:

2019, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

Printed in Spain - Impreso en España

Edición no venal

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Edición:

Marta Olivares

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega
y Álvaro Recuenco

Ilustración de cubierta: Javier Olivares

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

2000 ROMÁNTICOS

IV Certamen Juvenil
de Relatos de Terror

Coordinación del proyecto:
Fernando Marías & Santiago García-Clairac

loqueleg

Prólogo

Todo camino tiene sentido en sí mismo. También el del Certamen Juvenil de Relatos de Terror 2000 Románticos, que este año 2019 ha llegado a su IV edición de la mano de Fundación Telefónica y Loqueleo.

Participaron ciento doce autores de los que fueron seleccionados veinte relatos. De ellos salieron los cuatro finalistas y, posteriormente, la ganadora, que fue proclamada en el Espacio Fundación Telefónica durante la lectura de los cuentos finalistas ante el público y el jurado. Santiago García-Clairac, Rosa Huertas, David Lozano y Mónica Rodríguez formaron el jurado que eligió el relato ganador. Los cuatro finalistas captaron a la perfección el espíritu del Romanticismo y la ganadora propuso una inquietante narración, a la vez llena de lirismo, sobre la relación entre el creador y sus musas. Un cuento sobresaliente.

Este libro contiene el resultado de todos estos meses de trabajo e ilusión. Y también una importante novedad, como hemos procurado que ocurra cada año desde que la aventura comenzó.

Celebramos con orgullo y alegría la colaboración de la prestigiosa Escuela de Escritores de Madrid en esta IV edición. Como siempre, los veinte autores seleccionados ven su relato publicado en la edición especial de Loqueleo. Pero este año recibirán también un curso rápido de escritura creativa de cuatro horas de duración. Los cuatro finalistas, además, tendrán derecho a un taller de doce sesiones repartidas en tres meses, al que podrán acceder de forma presencial o vía online.

El objetivo esencial de 2000 Románticos es estimular en los jóvenes autores el deseo de escribir. Creemos que el acceso a la Escuela de Escritores contribuye de manera muy significativa, determinante, a ese objetivo. La soledad en la que se ve sumido todo escritor, especialmente en su juventud, puede ser disuasoria, sugerir la idea de abandonar. La convivencia con otros escritores nos recuerda que no estamos tan solos y que nuestro objetivo puede ser alcanzado.

Fernando Marías & Santiago García-Clairac

El jurado del IV Certamen Juvenil de Relatos de Terror 2000 Románticos 2019, que eligió los veinte relatos reunidos en este libro, estuvo compuesto por los siguientes autores:

Santiago García-Clairac

Rosa Huertas

David Lozano

Fernando Marías

Mónica Rodríguez

De los veinte relatos, pasaron a la final estos cuatro:

Víctor Bueno Gómez con *La piedra eterna*,

Ángela Córdoba Araujo con *Haberlas haylas*,

Irene Díaz Lázaro con *Era poeta, y punto y*

Mauro Sancho Fernández con *Escaleras de piedra*.

Y la ganadora fue **Irene Díaz Lázaro** con el relato *Era poeta, y punto*.

Índice

<i>Era poeta, y punto</i> , Irene Díaz Lázaro	13
<i>La piedra eterna</i> , Víctor Bueno Gómez	21
<i>Haberlas haylas</i> , Ángela Córdoba Araujo	31
<i>Escaleras de piedra</i> , Mauro Sancho Fernández	43
<i>El anticuento</i> , Jesús Arrazola Cabezón	53
<i>El collar</i> , Amanda Blanco Iglesias	61
<i>La chistera</i> , Nadia Blanco Loeches	71
<i>El huésped</i> , Marina Cano Barreiro	79
<i>Susurros de preguntas</i> , Lara Galindo Martínez	87
<i>¿Soy yo?</i> , Nerea Gallego Asensio	95
<i>Veneno</i> , Martina García Peñalba	103
<i>La bestia</i> , Carmen Iglesias	111
<i>Doña Juana Tenorio</i> , Pablo Medina Gómez	119
<i>La verdad</i> , Carlos Monedero	127
<i>La voz del mar</i> , Aurora Pedreira	137
<i>Resentimientos</i> , María Pedreira	147
<i>Muerte tras la muerte</i> , Paula Plaza de León	157
<i>El jardín</i> , Juan Pérez	167
<i>Crepúsculo en sus ojos</i> , Pablo Sacristán Ruiz	175
<i>No lo olvides</i> , Ionela Serbanescu	183

Era poeta, y punto

Irene Díaz Lázaro
(IES Alpedrete, Alpedrete)

Era poeta, y punto

15

Era poeta. Álvaro Ruiz era poeta. Sí, hacía otras cosas, pero lo más importante es que era poeta. Tenía una mujer, tenía un trabajo (que muchas veces le hacía preguntarse si lo que hacía servía para algo), pero, por encima de todo, era poeta.

Álvaro Ruiz era poeta. Y punto.

Muchas veces le visitaban. Solía ser de noche, cuando dormía. Iban y le saludaban.

Hablaban con él, le enseñaban cosas. Y siempre, antes de irse, le preguntaban: «¿Cómo quieres llamarme?», como si él tuviese todo el derecho a ponerles un nombre, como si fuesen posesión suya. Es posible que lo fueran. O, tal vez, él era la posesión. «Musa», contestaba Álvaro siempre. A todas. Fueran como fueran, dijese lo que dijese. A todas las llamaba Musa. Le gustaba pensar que eran partes individuales de una gran cosa conjunta.

Por la mañana, Álvaro recordaba lo que le habían dicho. Corría a anotarlos. Muchas veces lo hacía con tanta prisa que su mujer le preguntaba alarmada si pasaba algo, si todo estaba bien. Él respondía con alguna evasiva,

o diciendo que tenía que contestar unos correos urgentemente.

Al principio, cuando empezaron a visitarlo, venían poco. Muy de vez en cuando, y se quedaban poco tiempo. Pero cuando Álvaro empezó a hacerles caso, a anotar lo que le enseñaban y decían, a reescribir su historia como la suya propia (entre versos, con sinalefas e hipérboles), empezaron a venir más y más. Y Álvaro notaba que las necesitaba. Muchas veces decía que estaba cansado y se metía en la cama solo para verlas. Lo necesitaba. Las necesitaba. Y, claro, ellas venían.

Venían y le contaban una historia. Álvaro corría y la escribía, y las buscaba para que le contaran más. Por mucho que vinieran, nunca parecía ser suficiente. Él quería más. Más historias, más, más, más.

Una noche, no vino ninguna. Álvaro las buscó por todas partes. No estaban. Las llamó a gritos. No aparecían. «¡Venid!», berreaba como un niño pequeño. Pero no iban. Álvaro sentía como su pecho retumbaba con su respiración entrecortada e inestable. Pensó que se le harían astillas las costillas. ¿Y si no venían? ¿Y si no volvían nunca más? ¡¿Qué haría Álvaro entonces?! Intentó calmarse, respirar profundo. Pero le dolía, como si tuviese cristales en la garganta, que se clavaban más y más con cada bocanada de aire. No podía seguir respirando como si todo estuviese bien cuando claramente no lo estaba. Se pasó la mano por la nuca, ardiendo. Tenía miedo, mucho miedo. «¿Es esto lo que sienten los drogadictos cuando llevan demasiado tiempo sin recibir una dosis?», escuchó a su

mente pensar, alarmado. Reprendió a la voz en su cabeza que había pensado eso. Él no era un drogadicto. Era poeta y punto. Notaba como se le escapaba la consciencia entre cada subida y bajada repentina de su pecho. Todo se volvía oscuro.

Intentó mantener abiertos los ojos. Un frío le recorrió el cuerpo y se agarró al pensamiento con toda su fuerza. «Mantente despierto, mantente despierto...».

Se despertó tosiendo desesperadamente. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Días, horas? Se pasó las manos por los ojos nublados, que se esforzaban por dar nitidez a lo que le rodeaba, por adaptarse a la luz. Notó unos dedos por el brazo. Giró la cabeza.

Un rostro se distinguía entre el fondo luminoso. «Musa...», susurró momentos antes de volver a perder la consciencia.

Cuando volvió a despertar, seguía allí. Estaba sentada, peinándose con los dedos. Sonrió. «Mi salvadora», pensó. Oh, cómo las necesitaba. Menos mal que habían vuelto. Sin ellas, estaría perdido.

No volvieron a faltar después de ese día. Hasta que lo hicieron. Y siempre era lo mismo. Álvaro lo pasaba mal y luego ellas volvían a aparecer. Y él se sentía inmensamente agradecido, y no podía evitar preguntarse qué habría pasado si no hubieran vuelto. Casi parecía que lo hacían para dejarle claro lo mucho que las necesitaba, la gran dependencia que tenía de ellas. Pero no podía ser así, ¿verdad? Él tenía el control sobre ellas, no al revés, ¿no?

¿Y si él no tenía el control? ¿Y si dependía de ellas? ¿Se había convertido en un adicto, en un ser dependiente? Estas preguntas le perseguían constantemente. Noche y día, día y noche. Y por mucho que intentaba pensar en otras cosas, siempre escuchaba una voz en su cabeza susurrarle que se había convertido en eso que tanta repulsión le había causado siempre: en un adicto. Se daba cuenta de que se pasaba todo el día contando los minutos que faltaban para volver a reunirse con ellas. Tanto le plagaban estos miedos que dejó de poder escucharlas. Ya solo escuchaba una voz en su cabeza, la suya propia, repitiéndole: «Eres un adicto, eres un adicto...». Nunca se había dado cuenta de lo mucho que odiaba su voz. ¿Cómo no iba a odiarla si lo único que hacía era repetirle que se había convertido en alguien que dependía de ellas? Decidió que tenía que ponerle fin. Que tenía que acabar con sus problemas. ¿Y qué mejor manera de acabar con su dependencia que acabar directamente con las Musas? Pronto todo habría acabado. Pronto volvería a ser el mismo Álvaro de siempre, el que no tenía Musas, ni dependía de ellas. El que no era poeta. «Pronto», pensó, prendiendo una cerilla.

«¡Quemaos! ¡Desapareced!», gritaba, como poseído. Es muy posible que lo estuviese.

«Si nos consumimos, te consumes con nosotras». Una de ellas, la de uñas largas y cabello oscuro, pasó sus dedos afilados por el suelo, levantando cenizas y polvo. «¿Qué es un poeta sin sus musas?». Él gritaba con toda la fuerza que le quedaba. Intentaba sacar por la boca todo

lo que no había conseguido echar de su alma. Ese odio. Ese amor. Esa poesía.

Las vio quemarse. A todas. Algunas se derretían, su piel cayendo como la cera de una vela que alguien se ha olvidado de apagar. Otras se consumían como bengalas, dejando tras de sí una estela que olía a lluvia y día de tormenta. Pero todas se iban. La última Musa cogió aliento. Giró la cabeza escupiendo sangre entre toses, con una sonrisa enfermiza. Tenía la piel translúcida, las piernas sangrientas, los ojos rojos, el pelo humeante. Estaba empezando a convulsionar, le temblaba el cuerpo. Pero consiguió decir entre espasmos: «Nos vemos en el infierno».

Álvaro se tiró sobre ella, agarrándola del cuello demasiado largo y escurridizo. Ella rio, como quien ya no tiene razón alguna para permanecer cuerdo y decide entregarse a la locura. Álvaro apartó las manos de su piel con violencia: se estaba quemando. Pero lo que ardía eran sus propias manos.

«¿Qué es un poeta sin sus musas?», repitió ella. Álvaro se revolvía en el suelo entre humo, cenizas y chispas, intentando escapar del fuego.

Ella tenía razón.

Álvaro Ruiz era poeta. Y punto.

La piedra eterna

Víctor Bueno Gómez
(Colegio La Inmaculada,
Madrid)

La piedra eterna

No sé dónde estoy ni qué me está ocurriendo, dudo si estoy preparado para esta historia...

23

En 1717, en Valladolid, vivía un apuesto noble llamado Juan de la Fuente en una gran mansión rodeada de bellos jardines. Juan estaba solo desde la trágica muerte de su bella esposa y su pequeño hijo. Desde aquel fatal día, pasaba las horas reflexionando y recordando los felices momentos familiares antes de aislarse y permanecer en su estado actual. Su actividad preferida era ver el paso del tiempo en su anticuado y destartalado reloj de pared, observar el lento movimiento de las manecillas y el hipnótico oscilar del péndulo, mientras fuera se divisaba el paisaje invernal y brumoso a través de su ventana. Cada día se levantaba con un sentimiento de mayor soledad.

Transcurrió un año en aquella situación hasta que empezó a sentir y escuchar la presencia y la voz de su amada esposa y las risas de su hijo. Al principio no le dio importancia y trataba de quitarse el doloroso pensamiento que esto le provocaba. Con el paso del tiempo, estos sucesos comenzaron a producirse con más frecuencia,

hasta el punto de que él imaginaba que habían vuelto a la vida para acabar con su tristeza y soledad.

Una mañana, Pedro de Mendoza, amigo de la infancia, lo visitó, preocupado por su falta de asistencia a las reuniones, cacerías y fiestas de la nobleza vallisoletana. Lo recibió desaliñado: tenía el pelo enredado como un ovillo de lana entre zarzas, una poblada barba y unas extremidades huesudas y débiles. Vestía una bata roja y unas pantuflas carcomidas y desgastadas por el continuo caminar sin rumbo por los pasillos de la gigantesca mansión.

Aquel que en otro tiempo había sido un hombre apuesto, de cabellos ensortijados y grandes ojos azules, compañero de pasatiempos y por el que habían suspirado todas las nobles de la comarca en su juventud, se había transformado en un ser avejentado, decrepito y débil, con la mirada perdida, lo que le hacía dudar de si se trataba realmente de su querido amigo.

—Juan, estaba preocupado. ¿Qué te ocurre? No sabíamos nada de ti y circulan habladurías sobre tu estado de salud...

—Malvadas patrañas e inventos de la gente —contestó Juan—. Vivo sosegado y solitario sin hacer ningún mal a nadie.

—Pareces cansado y enfermo. Cuéntame qué te ocurre, nos conocemos desde niños y sé que algo te sucede.

Juan y Pedro entraron en la casa y se sentaron en los aterciopelados y mullidos sillones de la biblioteca. Allí, rodeados de libros y frente a la cálida chimenea, conversaron mientras tomaban una copa de brandi.

Las horas pasaron recordando historias de su infancia y juventud hasta ya avanzada la noche.

—No s3 c3mo decirte esto, Pedro; estoy muy desorientado y parece que me ocurren cosas irreales y extrañas... Oigo la voz de Beatriz y veo a mi hijo corriendo por los pasillos. Al principio no le di importancia, pero cada vez noto que estoy menos cuerdo; necesito tu ayuda...

Pedro lo mir3 con una mezcla de espanto y confusi3n.

—Paso el d3a viendo transcurrir el tiempo en mi reloj —continu3 diciendo—, observando el paisaje desde mi ventana, esperando que caiga la noche para o3r la voz de Beatriz y sentir sus caricias.

Pedro lo escuchaba con asombro y tristeza; entonces se le ocurri3 hacerle una propuesta.

—Juan, voy a emprender un viaje por Italia, pienso que deber3as acompa1arme para olvidar tu mon3tona vida y...

En ese momento, el ruido de unas pisadas sobre la alfombra hel3 la sangre de Pedro. Juan no se inmut3, ya que esperaba la aparici3n de Beatriz, pero aquella noche fue distinta, ella no apareci3.

Pedro no consigui3 conciliar el sue1o en toda la noche imaginando la et3rea imagen de Beatriz suspendida en la habitaci3n. A la ma1ana siguiente, ambos emprendieron el viaje en su carruaje hacia la rom3ntica Italia, confiando en que, con 3l, su amigo recuperara la cordura.

Juan parec3a otra persona, se hab3a afeitado, arreglado el pelo y vestido elegantemente. Ambos conversaban y hac3an planes para cuando llegaran a Italia.

El sol iba ocultándose tras su primer día de viaje y debían buscar alojamiento para pasar la noche. Divisaron una pequeña posada regentada por una familia de humildes campesinos. La posada se veía lustrosa y bien acondicionada y, al no haber otra más cercana y acorde con su posición social, decidieron alojarse allí. Era una casa castellana de dos plantas. Por una de las paredes de la fachada trepaba una hiedra que se sujetaba entre las grietas hasta llegar al tejado. A la entrada, un pequeño jardín cercado, salpicado de árboles frutales y macizos de flores.

Acomodaron los caballos en el establo situado en la planta baja y una pequeña escalera de oscura madera los llevó al primer piso, donde se sorprendieron por el confort de la humilde casa. Al fondo del comedor, una cocina abarrotada de resplandecientes ollas y cazuelas, y de la que salía un aromático olor a gachas y a estofado. Se sentaron en dos sillas españolas de madera tallada, cerca de la chimenea del comedor, y pidieron una jarra de vino. El posadero era un hombre rechoncho y colorado de mirada amable que les ofreció pan, queso y un delicioso guiso de carne como cena. A pesar de su humildad, la cena fue deliciosa y ambos caballeros se retiraron a sus habitaciones para descansar y partir al amanecer del día siguiente. Tras la puerta se escondía una habitación pequeña pero acogedora, con una gran cama de matrimonio, sábanas limpias y una colcha vistosa. Al fondo, una ventana desde la que se divisaba un pequeño huerto, y a la izquierda de la cama, una cómoda con un gran espejo. Este brillaba impoluto, como si de agua cristalina se tratase. Los dos

caballeros durmieron plácidamente durante toda la noche, y se despertaron con el canto del gallo y un amargo e intenso olor a caf3 y pan reci3n hecho, que llegaba a las habitaciones y abri3 su apetito por desayunar. Desayunaron el aromático caf3 y unos torreznos perfectamente asados acompaãados del pan reci3n horneado.

Tras su excelente desayuno, los caballeros, satisfechos, pagaron 25 reales al posadero y retomaron su viaje, una vez el cochero prepar3 el carruaje y acomod3 el equipaje.

Tras unos d3as de apacible viaje atravesando las llanuras y ciudades castellanas, llegaron a tierras aragonesas, donde cambi3 el paisaje, salpicándose de pequeãos pueblos y verdes huertas.

Llegaron a la entrada de un bosque oscuro y frondoso, se adentraron en 3l y, cuanto m3s se adentraban, la oscuridad m3s les envolv3a, como una noche de luna nueva. Pasaron varias horas atravesando el bosque, escuchando el ulular de los b3hos mezclado con el sonido de los cascos de los caballos golpeando la tierra del camino. De pronto, una luz destellante ilumin3 el cielo. Tras ello, un estridente y espantoso ruido provocado por el trueno hizo desbocar a los caballos, que empezaron a galopar sin control alguno.

De pronto, se detuvieron en seco ante un fen3meno que nunca antes hab3an visto. Parados, en medio del camino, una mujer con un nião cogido de la mano desprend3a una luz azulada que los paraliz3 de terror. Se mantuvieron inm3viles, esperando desconcertados lo que les aguardaba.

La mujer avanzó hacia el carruaje lentamente. Ella era hermosa, pálida como una estatua de alabastro; sus pasos ligeros, como si estuviese andando por el aire. Fascinados por su brillo fosfórico, no podían apartar la vista de su imagen. Vestía un traje azul que resplandecía como si de un zafiro se tratase, y sus rubios y largos cabellos le llegaban hasta la cintura, cubiertos por un velo transparente.

El cochero ordenó a los caballos con el látigo que retomaran la marcha aceleradamente, pero una fuerza extraña los detuvo. Los animales quedaron inmóviles y arrojados en el suelo, por lo que los caballeros decidieron salir del carruaje. La mujer continuó acercándose ante el temor que residía en el cuerpo de los hombres. Cuando se encontraba a un metro de ellos, la mujer extendió la mano hacia Juan, que, aliviado, reconoció el rostro de Beatriz, mientras Pedro observaba petrificado la escena. Juan fue a abrazar amorosamente a Beatriz cuando un nuevo relámpago iluminó el cielo y un rayo atravesó su cuerpo y lo transformó en piedra.

Tras esto, Pedro y el cochero echaron a correr desparvoridos, como si el mismísimo diablo les estuviera persiguiendo. Una vez se calmaron, volvieron sobre sus pasos para comprobar qué había ocurrido e intentar ayudar a Juan, pero al acercarse, se dieron cuenta de que el cuerpo de Juan estaba abrazado al de su esposa e hijo, inertes, fríos, completamente convertidos en estatuas.

Al no poder recuperar a su amigo, montaron en el carruaje y retornaron a Valladolid, contando lo ocurrido a todo aquel que los quisiera escuchar. Los tachaban

de locos, salvo un noble soriano que se interesó por el suceso.

Este noble viajó personalmente al lugar de lo ocurrido con la esperanza de encontrar la verdad, y descubrió que, en efecto, tenían razón. En el centro de aquel bosque, rodeada de frondosos árboles, aparecía una gran roca que parecía haber sido tallada con tres figuras humanas. Al acercarse, vio claramente a un hombre, una hermosa mujer y un niño, con semblantes de felicidad, entrelazados en un abrazo eterno.

Desde entonces, el lugar se conoce como el Bosque del Reencuentro y su Estatua de los Enamorados.

La historia de aquella familia fragmentada por el límite de la muerte y que volvió a estar unida en la eternidad de la piedra perdura aún hoy, y nos recuerda que la muerte solo llega por el olvido...

Haberlas haylas

Ángela Córdoba Araujo
(Colegio La Inmaculada,
Madrid)

Haberlas haylas

33

Era una tarde fría y oscura, el sol apenas se asomaba y se escondía con miedo de las nubes negras que cubrían el cielo. Alma, como cada día, paseaba por el acantilado; era donde se sentía libre, sin ataduras ni prejuicios. Vivía en un mundo donde todo estaba mal visto, donde las habladurías eran como dagas, no había sitio para ser ella misma.

Alma era una mujer muy hermosa y lozana, desprendía elegancia y dulzura, valores muy cotizados en su época. Había nacido en cuna de oro, rodeada de caballeros y damas que no hacían más que enseñarle protocolo y buenas maneras para, algún día, poderla casar con un buen partido, algo a lo que ella no estaba dispuesta.

La brisa mesaba sus cabellos rojos como el atardecer; bajo su jubón, su piel blanca y aterciopelada se estremecía. Era una mujer esbelta, de fina cintura, largas piernas; solamente con contemplarla se apreciaba su alcurnia. Miraba al horizonte con esos ojos azules, tan intensos que el propio mar tenía envidia de ellos.

El atardecer estaba próximo y decidió desandar el camino, esa noche quería irse pronto a dormir; no era por

estar cansada, sino porque en las anteriores noches algo había perturbado sus sueños: la imagen de un hombre cuyo rostro nunca consiguió ver. Solamente era un reflejo, pero notaba sus ojos posados en ella, y ella sentía paz. Jamás lo había comentado con nadie, ni con su más fiel dama de compañía, Clarisa, a quien revelaba todos sus anhelos y deseos. Caminaba por la vereda que bajaba al caserío, los árboles escoltaban el camino llenándolo de oscuridad y misterio; poco a poco, se alejaba el sonido del mar embravecido y daba paso al silbido del viento. Empezó a anochecer y Alma corrió hasta llegar a la gran verja, allí su perro fiel la esperaba.

En el caserío se apreciaba el movimiento antes de la cena: las cocineras ultimaban las viandas, las doncellas colocaban la vajilla; como siempre, tenía que estar todo perfecto. Sus progenitores estaban en sus estancias ataviándose para la ocasión, hoy había invitados y se sentía en el ambiente.

Subió a su alcoba, donde Clarisa ya tenía la tina con agua y sobre la cama reposaba su vestido. Rauda se bañó y se vistió, dejando que le apretaran las cintas del corsé para poder bajar y reunirse con los demás. Como era de esperar, en la mesa era, sin ella quererlo, el centro de atención: su saber estar junto a su elegancia no pasaban desapercibidos.

Una vez terminada la cena y tras un rato de conversación, se retiró a su alcoba, se despojó de su vestido y se dirigió al balcón, desde donde se vislumbraban las pequeñas barcas de los pescadores y el murmullo del

mar llenaba todos sus sentidos. Estaba ensimismada cuando un escalofrío recorrió su cuerpo: había pasado más tiempo del que creía y la brisa se hizo notar. Volvió sobre sus pasos y se acercó a la chimenea, donde la leña crepitaba. Allí estuvo hasta que un pequeño bostezo hizo aparición y decidió meterse bajo las cobijas de su cama y esperar que sus sueños la llenaran de paz. Poco a poco, el mar de sus ojos se fue cerrando y dieron paso lentamente a la inconsciencia, y, en lo más profundo de su mente, una figura a lo lejos iba formándose; se distinguía tras su opacidad y se hacía más presente, se apreciaba su fornido torso, su musculosa anatomía, unas manos grandes y fuertes pero a la vez delicadas; no lograba ver su rostro pero vislumbró un brillo que no había visto antes: era un medallón, que su camisa medio abierta dejaba ver, con unos símbolos en forma de estrella que nunca había visto antes.

Alma se revolvía nerviosa, las cobijas estaban revueltas y en su rostro se apreciaban perlas de sudor. El amanecer entraba por el balcón y toda la estancia iba tomando un tono anaranjado. La brisa que se adentraba moviendo las cortinas hasta su cama suavemente mecía sus cabellos y acariciaba su cara, el dulce trino de los pájaros anunciaban un nuevo día. Sus ojos fueron abriéndose como ese mismo amanecer, su corazón todavía ilusionado galopaba raudo, y en su ser solamente sentía el espacio ocupado por sus sueños.

Clarisa llamó vigorosamente a la puerta, pero al no obtener respuesta entró como una exhalación: «¡Mañana

es San Juan, mañana es San Juan!», gritaba alegre contagiando su alegría. Alma se levantó con igual entusiasmo, pues esa noche subirían ladera arriba hasta Fragas de Eume, lugar donde cada año se encendían las *cacharelas* u hogueras para protegerse de los espíritus, el mal de ojo y la brujería, puesto que la víspera de San Juan el velo entre el mundo del más allá y el nuestro se vuelve más fino.

Después de la cena, Alma, ya preparada con una antorcha de aceite en la mano, junto a Clarisa y otras jóvenes lugareñas, se encaminan por el sendero. La noche ya reina en el paraje y, según se van adentrando, los árboles, cada vez más frondosos, forman figuras que llenan de escalofríos los cuerpos de las muchachas; huele a humo, a madera quemada, a hierbas que aromatizan el ambiente tornándolo mágico. En la explanada del bosque, los calderos humeantes, el fuego ensoñador con las maderas gruñendo; el viento agonizante sobre los árboles mueve sus hojas, sabiendo que esta noche las meigas los ronarán. Es medianoche, la hora ha llegado, las santeras levantan el licor, el fuego es avivado y solo se oye una voz fuerte y clara: «Mouchos, coruxas, sapos e bruxas». Alma, en su mente, solo tiene un deseo, un pensamiento: quiere conocer al hombre de sus sueños, el hombre que la desvela y que no puede sacar de su interior.

Es el deseo que su corazón pide, aunque su cabeza se niega a pedir. Pero es una noche mágica en la cual la razón y la cordura dan paso al corazón y la magia; las hogueras se van consumiendo, la leña deja de crepitar, parece que hasta el viento se ha amansado y deja descansar las

verdes hojas colgadas en sus ramas; la gente purificada regresa a sus casas, pensativos, cabizbajos..., es San Juan.

A la mañana siguiente, como cada aniversario, Alma va camino al cementerio con un ramito de flores en la mano; son violetas, las preferidas de su abuela, esa mujer que ya no está a su lado. Una de las personas más importantes en su vida, puesto que su alma era rebelde y soñadora como ella; se para de vez en cuando recordándola. Arrodillada frente a la tumba, habla con ella, se desahoga, le cuenta sus sueños, sus pesares, y dos lágrimas brotan de sus ojos. De repente, el viento calmado se vuelve furioso, y los rayos de sol que apenas se colaban por entre las nubes se tornan en tiniebla y oscuridad. Asustada, deja las flores sobre la piedra y gira sobre sus pasos enredándose con el vestido. A lo lejos, una figura resalta entre los árboles: es alguien tan cercano a ella y a la vez tan desconocido; su corazón palpita, está asustada, sola, pero no puede permanecer donde está, sus pies avanzan hacia él, y poco a poco ve su rostro. Es un hombre joven, apuesto; su semblante desprende bondad; su pelo es negro como el azabache; sus ojos, verdes, profundos y enigmáticos, tiene un gran porte y está engalanado con rico atuendo.

Pero lo que más llama su atención es el medallón que se posa sobre su pecho. Es él, es el hombre que está en sus sueños, aquel por el que delante de la hoguera pidió su deseo. Temblorosa funde sus ojos en los de él: no hay palabras, solo sentimientos; el viento se calma, se hace el silencio y el cielo se deshace en rayos de oro, ninguno se mueve, parece que se ha parado el tiempo, solamente

una lágrima osa perturbar ese momento. Él, dulcemente, alza su mano y desliza su dorso por la suave mejilla de la joven, a la cual el corazón se le sale del pecho, y, ávido de deseo por ella, se acerca para robarle un beso. Ella tiene tantas cosas que preguntarle que no sabe por dónde empezar y él, adelantándose a sus pensamientos, comienza a explicar: «Cuando un alma limpia y pura pide un deseo al pie de una hoguera, con tanta fuerza como tú lo deseaste, ese deseo se hace realidad. Soy Alonso, tu ángel guardián, el que cuida tus días y vela tus noches, al que llamabas en sueños sin saber que yo te escuchaba. Mi corazón te pertenece, Alma». Lo que él ignora es que, muchas noches atrás, ella ya le entregó el suyo. Lo amaba antes de conocerlo, antes de ver su rostro, de tocar su piel, de sentir el fuego en cada caricia, de sentirse tan feliz que podría tocar el cielo con sus manos.

De regreso a su hogar, ella pensaba cómo podría salir esa misma noche sin ser vista: se había citado con él en las ruinas del viejo monasterio. Subió rauda la escalera que llevaba a su alcoba y llamó a Clarisa, le contó todo lo que le estaba sucediendo, y ella, tan solo con ver ese rubor en sus mejillas y los ojos brillantes como luceros, no pudo hacer otra cosa que ayudarla para que fuera a su encuentro.

Ya entrada la noche, después de cenar y retirarse, se cubrió con la capucha de su capa, bajó despacio la escalera y se dispuso a salir por la puerta de servicio, donde su dama aguardaba entre las sombras para ocultar su salida. La noche era oscura y fría; el camino era pedregoso

y empinado, y el cruel viento, junto a los aullidos de los lobos y el ulular de las lechuzas, no hacían fácil el paseo.

Al llegar a la cima del camino, ya podía vislumbrar los muros del monasterio. Sin mirar atrás y con el corazón en un puño, avanzaba temblorosa; cada ruido o aleteo para ella eran pasos que iban y venían, ropas arrastrando, suspiros que se ahogaban, estremecimientos involuntarios que anunciaban algo que no veía pero percibía; cuanto más se adentraba, más miedo tenía, más temblaba, pero sabía que su amado estaría esperándola tras esos muros y eso le daba valor para continuar.

Al llegar al monasterio, el viento golpea las puertas de madera y estas crujen sobre sus goznes con un chirrido agudo, prolongado y estridente, la joven se asusta de tal manera que echa a correr sin rumbo y va a parar, sin ella intuirlo, a los brazos de su amado. Con más deseo que prudencia se acarician con pasión, sus labios se buscan y no reprimen el fuego que sienten por dentro. Alma posa sus ojos sobre el medallón y le pregunta qué significado tiene, él baja su mirada y lo abre enseñándole un pequeño recipiente de cristal con líquido en su interior: en él se encuentra su futuro, si él ingiere su contenido se convertirá en mortal, perdiendo así sus poderes, y nunca jamás podría volver a ser su guardián; pero si no lo toma en tres días, tendrá que regresar y ella en su mente lo olvidará. En silencio, Alonso la acompaña hasta las puertas de su hogar, despidiéndose de ella hasta el día siguiente. Alma, sigilosa, entra por el mismo sitio por donde salió, encontrando a su dama esperándola; al verla, se refugia

entre sus brazos y comienza a llorar. Ya más sosegada, relata lo que con tanta tristeza Alonso había explicado y, junto a Clarisa, planea ir a visitar a la anciana Petronila, una misteriosa mujer que hace hechizos y brujería.

Alma y Clarisa se dirigen por el camino que bordea el acantilado hacia la cueva donde habita la misteriosa mujer. Después de bajar por un camino sinuoso y difícil de transitar, escondida entre la arboleda, encuentran la oscura cueva y, en su interior, a una anciana sentada frente a la lumbre; cocina brebajes cuyo olor penetrante inunda el lugar. La anciana, muy amable, invita a pasar a las jóvenes, que, sentadas en ambas sillas, relatan lo sucedido y piden ayuda a la mujer, la cual, tras escucharlas, baja su cabeza y les explica la única solución. Esta, al contrario de lo que ellas esperaban, es más angustiada que la anterior, puesto que la única manera de que Alonso y Alma estén juntos y disfruten de su amor sería entregar la vida de Alma a cambio y vivir para siempre en el lugar donde su ángel guardián habita. Afligida y cabizbaja, Alma no deja de meditar lo que la vieja anciana le ha dicho.

Ella no puede pedirle a él que renuncie a un don divino, sería cruel. A su vez, Alonso, caminando por la vereda del río, ya ha tomado su difícil decisión; no va a perder a su amada, no tendría paz en su corazón, ni siquiera se atrevió a confesar la otra manera de permanecer junto a ella.

Temeroso, pero con coraje y arrojo, abre su medallón y, sin más dilación, ingiere el líquido allí custodiado, sabiendo que desde ese momento estará siempre con su

amada. En lo alto del acantilado se encuentra una bella mujer, sus lindos ojos de cielo en el horizonte fijos observan las pequeñas barcas como se mecen, el oleaje tranquilo y sosegado bañando la fina arena, pero su pensamiento está junto a su amado; después de pensarlo mucho, ha tomado una dura decisión. Feliz e ilusionado, Alonso va en busca de su amor; quiere contarle que todo está arreglado, que ya es mortal, ya nadie los podrá separar y vivirán juntos su historia de amor. El camino se le hace largo hasta llegar al acantilado, ya escucha el susurro del mar; acelera el paso ansioso cuando a lo lejos vislumbra a la mujer de su vida, parada, con su cabello acariciado por la brisa, cerca del precipicio. De repente, su corazón se para cuando la ve mirar al cielo y arrojarle al mar. Corre ladera abajo para llegar junto a su amada, su amor, su vida; sus fuerzas se desvanecen cuando la ve, hermosa y pálida como una estatua de alabastro. Lloro junto a ella, las lágrimas se mezclan con el agua del mar; con todo su dolor se quita el medallón que está junto a su pecho y se lo entrega a ella; abrazado a ella le susurra al oído: «Ahora serás tú mi ángel guardián».

Escaleras de piedra

Mauro Sancho Fernández
(Colegio Fray Luis de León,
Madrid)

Escaleras de piedra

45

Una noche de tormenta, en las olvidadas tierras del lejano norte, un hombre erraba por el más peligroso y afilado risco. Avanzaba desesperadamente, haciendo frente al viento y a los torrentes de agua que le golpeaban de frente. Tenía como único abrigo unos desgarrados harapos y como apoyo un bastón. Aquel solitario hombre estaba siendo consumido por el más brutal de los vacíos. Prefería ir al infierno antes que seguir sufriendo. El odio hacia su propio ser le había incitado al suicidio más de una vez.

Mary Abridged había robado su corazón tiempo atrás, pero jamás le había correspondido. Además, ella era noble y estaba fuera de su alcance. Una dama de una belleza inusual.

Pudo vivir un tiempo siendo rechazado, pero pronto otro factor hizo que cayese en decadencia y acabara así. La joven Mary se enamoró de otro hombre, apuesto y de la nobleza, poeta y militar. Acabaron conociéndose y ambos se amaron y se casaron felizmente. Pero esos no eran los únicos planes del cruel destino.

Pocos años más tarde, este noble murió en combate. La tristeza más profunda invadió el corazón de Mary y acabó suicidándose para reunirse de nuevo con su amado. Este ciclo de muerte y desesperación alcanzó al hombre que tiempo atrás la había amado. Sin embargo, su fuerte placer por la vida no permitió que siguiese la misma suerte que ambos amantes. Desde entonces, vagó buscando el momento en el que, por fin, se decidiera a abandonar el mundo terrenal. Pero jamás lo logró.

En lo más rudo de la tormenta y con el gesto desfigurado por el dolor, clamó a la Virgen para que acabase con su sufrimiento. Mas no hubo respuesta hasta que, por primera vez en mucho tiempo, la suerte le sonrió. Entre valles y laderas, atravesando la espesa neblina y acabando con la oscuridad de la noche, una luz que provenía del cielo iluminó el rostro de aquel desgraciado hombre. Apareció una bella mujer con el rostro pálido y largas melenas rubias, vestida con un blanco velo.

—En el curso de los años has reclamado mi presencia sin descanso. Gritabas mi nombre en cada ladera. Puedo ver tu tormento sin fin. Necesitas mi ayuda para poder sanarte. Ahora dime, hijo mío: ¿qué necesitas que yo pueda ofrecerte?

—Únicamente necesito una cosa, Señora mía. Acabe con mi infinita tortura. Arranque mi corazón y que nunca vuelva a latir. Arránquelo de mi frío pecho que jamás sentirá la calidez del amor. ¡Se lo ruego por Dios, Señora mía! ¡Prefiero ir al infierno a soportar esta carga durante más tiempo!

—Querido hijo, no creo que esa sea la única solución. Además, yo jamás podría hacer tal cosa. Hay más maneras de sanar las heridas del alma. No hay necesidad de que te quites la vida, una vida sagrada que el Padre te ha concedido.

—Señora, no hay más solución que la muerte, porque ella jamás podrá amarme. La única manera de reunirme con ella es la muerte.

—Yo puedo hacer que te ame, si ese es tu deseo.

—No es posible, Señora. Aunque lo consiguiera con su infinito poder, ella ya ha fallecido y tan solo Dios tiene el poder para resucitar a los muertos.

—Eso no es cierto, hijo mío, te lo puedo asegurar. Tan solo deja que te ayude y muy pronto te reunirás con ella.

—Señora mía, si puede conseguirlo, mi gratitud será infinita. Haría cualquier cosa por volver a ver su dulce sonrisa, que trae consigo el reino de los cielos.

—Te diré entonces lo que debes hacer para reunirte con ella. Si no lo haces punto por punto, no podré ayudarte y jamás estarás junto a ella.

—Por supuesto, mi Señora, pida lo que quiera. Yo soy su humilde siervo.

—Escucha, entonces, los pasos que has de seguir para conseguir tu noble objetivo. En el próximo Día de los Fieles Difuntos has de juntar varias cosas y enterrarlas junto a su lápida: un objeto que perteneciera a ella, un cabello suyo y una gota de tu sangre. Si consigues todo, podrás verla esa misma noche.

Tras pronunciar estas palabras, la figura de la Virgen y la luz celestial desaparecieron instantáneamente. Aquel hombre solitario y desesperado, por fin, pudo ver en todas sus penas un sensible alivio y también un atisbo de esperanza. Después de aquel suceso, el hombre emprendió un viaje de regreso a su tierra natal. Debía llegar antes del Día de los Muertos, el 2 de noviembre, para realizar el ritual a tiempo. Se encaminó hacia lo que había sido su hogar, a unos kilómetros, y al cementerio donde se había enterrado a la noble Mary Abridged.

Hacerse con un mechón de su pelo era la única tarea que podía suponerle una dificultad, pues tiempo atrás él ya había conseguido una de sus pertenencias. Un pequeño broche que, cuando ella aún vivía y él aún conservaba la cordura, se le había caído a la joven dama paseando un día en su jardín. Él, que siempre que podía la observaba, se fijó en el reluciente broche dorado caído en el jardín. Lo recogió en cuanto ella se fue, pero, al no tener el valor suficiente para hablarle, decidió guardar la joya. Aún la conservaba y le había servido para no olvidar a Mary. Tras días de viaje, llegó por fin a su ansiado destino. Por la noche, cuando la luna nueva se alzaba tenebrosa sobre un mar de negras nubes, se dispuso a actuar. Se dirigió hasta la edificación donde oficiaba el enterrador y vigilante del cementerio. Tomó una pala de hierro oxidada. Se acercó lentamente a la tumba de su amada y comenzó a excavar. La exhumación era un pecado grave que demostraba una notable falta de moral. Sin embargo, la Virgen había prometido que volvería a verla, y para un

hombre tan roto y desgarrado por dentro, era un precio asumible.

A algo más de un metro de profundidad, la pala chocó contra el ataúd, produciendo un ruido sordo. Apartó la tierra que ensuciaba el nombre de la joven. Hizo fuerza para levantar la tapa de aquella caja de madera decorada. Al abrirla contempló a la mujer que amó. Aún conservaba una extraña y turbia belleza gélida, a pesar de que su cuerpo estaba casi descompuesto. No obstante, sus delicados cabellos rubios, que recordaban a un agradable día de sol, estaban intactos.

Por un momento, el alma de aquel hombre se quebró por completo, sollozando y agonizando de pena, por el *shock* que había recibido al verla de nuevo en ese estado decadente, al recordar lo hermosa que era en su juventud. Sin poder soportarlo más, cortó, con un pequeño puñal que siempre llevaba consigo, un mechón de pelo de Mary. Acto seguido, cerró el féretro y echó de nuevo toda la tierra encima del ataúd de roble.

Todavía faltaban dos noches para el 2 de noviembre y las pasó durmiendo y descansando al lado de la lápida de la joven. Soñó para olvidar la imagen de aquel cuerpo putrefacto que una vez había sido su amada.

El Día de los Fieles Difuntos era una festividad que se celebraba una vez al año. Se conmemoraba a los muertos y se rogaba a Dios por que sus almas hubieran ido al cielo. Pero esta vez sería distinto. Por primera vez en toda la eternidad, el alma de un difunto bajaría del Reino de los Cielos para volver a convertirse en carne y hueso.

De nuevo por la noche, un hombre ansioso e impaciente actuaría. Una vez reunidos los materiales, únicamente debía enterrarlos junto a la lápida de Mary. Hizo un pequeño hoyo en el suelo, donde metió el brillante broche y el largo mechón castaño de la joven. Por último, se dispuso a completar el rito con el último ingrediente: una gota de su sangre. Tomando el puñal, rajó la palma de su mano y dejó caer una pizca de aquel líquido carmesí. Nada más hacerlo, por segunda vez, la Madre de Dios apareció ante sus ojos.

Esta vez, aquella bella mujer vestida de blanco no se veía igual. Portaba una túnica negra, y su antes pálida y hermosa piel ahora era fría y casi transparente. Poco a poco, esa forma también se fue perdiendo hasta que solo quedó oscuridad, una oscuridad acompañada por un fuego negro eterno traído desde el mismísimo infierno.

—Señora mía, ¿es usted? ¿Por qué se muestra ante mí con esta terrorífica forma? Que Dios me perdone si he cometido algún error.

—No ha habido error, has seguido el procedimiento tal y como yo lo ordené —sonó no obstante una voz masculina y ronca.

—No lo entiendo... Entonces, ¿dónde está la mujer a la que tanto deseo ver?

—La verás, aunque yo no tengo poder para traerla de nuevo a la vida.

—Entonces, mi Señora, ¿cómo podré verla?

—La mujer que amas, Mary Abridged, murió quitándose la vida por un motivo egoísta como es el amor. Las

personas como ella no se merecen la salvación y van directas al inframundo. ¡Y allí es donde irás, hombre egoísta de poca fe! Te he engañado y te he tentado. Has sido capaz de desenterrar a un muerto por un motivo ambicioso, únicamente para tu propio placer y beneficio. Si tanto deseas verla, la verás, y juntos sufriréis un castigo eterno.

Después de esto, el mismo Diablo, pues no era otro, se desenmascaró y abrió unas escaleras de piedra que llevaban directas al infierno. Tomando unas cadenas envueltas en fuego, ató a aquel hombre desgraciado y se llevó su alma al inframundo.

El anticuento

Jesús Arrazola Cabezón
(Colegio Arcángel
San Rafael, Madrid)

Estamos en la época de los grandes palacios en los que vivían grandes príncipes y reyes que organizaban grandes fiestas, la época en la que se producían grandes guerras por el control de los reinos y, por supuesto, la época en la que vivían las princesas, que encerradas en una torre aguardaban a que un valiente príncipe las rescatara y se casase con ellas. Todo el mundo recuerda a esos príncipes que, gracias a su valentía, lograban sacar a la dama de aquel infierno, todo el mundo los envidiaba cuando se casaban y vivían felices para siempre, todo el mundo recuerda a esos héroes.

Pero hay un personaje común en todas estas historias al que nadie recuerda, un personaje que, si era mencionado por alguien, era para ser despreciado; pero, aun así, un personaje de gran importancia, que es fundamental para que el príncipe pueda vivir su aventura. Sí, estoy hablando del dragón, el ser malvado que rapta a la princesa y el que debe ser vencido por el príncipe para que este pueda convertirse en el salvador de la dama; ¿cómo es que nadie ha pensado nunca en la importancia que tiene este ser en

el transcurso de la historia? La verdad es que el dragón también tiene una vida interesante o, al menos, ese es el caso del protagonista del cuento que os voy a contar, el gran dragón Smaug.

La historia comienza en la cueva de Smaug. Todo está tranquilo, no se escucha ni se ve nada, pero entonces todo comienza a temblar y entra por la boca de la cueva el imponente dragón mientras se queja de su reciente derrota:

—Estoy harto de que una y otra vez el príncipe me derrote, esta es la quinta vez y empiezo a quedarme sin paciencia. ¿Acaso es que yo, el gran dragón Smaug, no puedo vencer a ninguno de los príncipes que osan enfrentarse a mí? La verdad es que ya estoy cansado de hacer siempre lo mismo: ir a por la princesa, raptarla, llevarla hasta una torre, esperar hasta que venga el apuesto príncipe azul y, después, fracasar. Al final, lo único que consigo es tener que estar fuera de mi hogar durante días para nada. Pero nadie piensa en eso, nadie piensa en lo que sufrimos los pobres dragones al tener que soportar la derrota una vez tras otra.

Tras tanto lamentarse, el dragón decidió intentar raptar a una princesa por última vez, pero en esta ocasión lo planearía todo al milímetro, no dejaría que un mísero humano lo volviese a humillar. Preparó el secuestro para la noche en la que hubiese luna nueva, para tener más oscuridad. Decidió entrar sigilosamente en el cuarto de la princesa en vez de causar un espectáculo por todo el palacio. De esta forma, tardarían más en descubrir quién

se había llevado a la dama y contaría con un par de días para descansar y así tener fuerzas para luchar.

Llevó volando a la princesa hasta un castillo lejano que había preparado para la ocasión. Como era de esperar, unos días más tarde se presentó un caballero de un reino remoto en el palacio, dispuesto -por supuesto- a rescatar a la princesa. El rey le recibió con los brazos abiertos y le proporcionó todo el equipo que iba a necesitar: un pesado escudo para defenderse, una larga espada para atacar y un esbelto corcel para llegar rápido al lugar en el que se encontraba el temible dragón.

Cuando el príncipe llegó al castillo vio la gran sombra del dragón, pero no se asustó y comenzó a hablarle.

—Sé que eres el famoso dragón Smaug y quiero que sepas que no tengo miedo. He venido a rescatar a la princesa...

—Y no pienso irme de aquí sin ella y bla, bla, bla... —le interrumpió Smaug—. Ya me sé la historia, hombrecillo, pero esta vez habrá un pequeño cambio. Tú no conseguirás irte con la dama y yo saldré victorioso.

—Eso piensas tú, gran dragón, pero lucharé hasta mi último aliento y ganaré la batalla.

—¿Batalla?, ¿quién ha dicho que piense pelear? Esta vez venceré con mi ingenio.

Smaug se retiró y el príncipe pronto descubrió a qué se refería. Cuando entró en el castillo, vio que la princesa estaba colgada del techo y a sus pies se expandía un charco de lava. El príncipe no sabía qué hacer, pero no desistió, debido al amor que sentía hacia la dama. Tras

mucho pensar se le ocurrió una idea, pero tendría que enfrentarse a Smaug. Salió al patio del castillo y buscó una cuerda. Cuando la tuvo, llamó al dragón y, cuando este descendió, le tiró la cuerda al cuello e intentó subirse encima. Pero Smaug, con un brusco movimiento, se deshizo de la cuerda y del caballero; finalmente, este desistió y decidió volver, sin terminar su misión, a su reino.

Smaug no se lo pudo creer, por fin había ganado una batalla, pero, cuando pasaron los días, se dio cuenta de que no sabía qué hacer. Al final, tras estar mucho rato reflexionando sobre ello, se dio cuenta de por qué siempre ganaba el príncipe; este y la dama vivían felices para siempre y el dragón se quedaba en su cueva tranquilo. Pero ahora todo había cambiado, el príncipe había tenido que irse sin su princesa, y esta se encontraba en el castillo custodiada por el dragón. Por ello, Smaug decidió devolver a la princesa a palacio para que pudiese casarse con el caballero. Cuando este se enteró de que ella estaba a salvo, decidió ir a verla para pedirle matrimonio. Era el momento que siempre había soñado, él casándose con la princesa y llevándosela a su reino para vivir con ella. Pero algo sorprendente sucedió, pues la respuesta de la dama a la propuesta de matrimonio dejó impresionados al príncipe, al rey y al mismo Smaug, ya que ella rechazó la oferta.

Cuando el pobre caballero, con el corazón destrozado, le preguntó el porqué de su rechazo, ella respondió:

—En realidad, yo no te amo, es más, ni siquiera te conozco. Solo iba a casarme contigo porque se suponía que

ibas a derrotar al dragón, pero ya que eso no sucedió, no pienso aceptar tu propuesta.

Entonces, el caballero decidió qué debía hacer..., iría en busca de aquel temible dragón, le plantaría cara y le mataría para ganarse el favor de la princesa. Así que, sin más demora, emprendió el viaje hasta la cueva del dragón.

Cuando llegó al lugar, le dirigió su amenaza a Smaug.

—Por tu culpa he perdido al amor de mi vida. Si tú no me hubieras vencido, yo habría impresionado a la princesa y ella se habría casado conmigo. Pero, ahora, he de recuperar mi honor y para ello debo matarte. ¡Esta vez no dejaré que me derrotes!

Smaug no quería pelear contra aquel pobre hombre con el corazón hecho trizas, entonces, decidió arreglar ese problema con palabras:

—La culpa no es mía, valiente príncipe, sino de la princesa que te ha rechazado y de tu ciego amor hacia ella. ¿De verdad pensabas vivir feliz para siempre con una dama que solo te querría por haberla salvado, una dama a la que ni siquiera conocías, pero a la que te ofreciste salvar?

—Puede que tengas razón, pero también puedes equivocarte, pues sí que conocía a la princesa, aunque ella no supiera de mi existencia. La llevaba amando en secreto desde hacía años, esperando a que se presentase la oportunidad para poder rescatarla..., pero cuando esa oportunidad se presentó, tú cogiste mi sueño y lo hiciste añicos.

Tras estas palabras, el príncipe desenvainó la espada y se la clavó al dragón en el corazón, terminando así con su triste vida de fracasos ante otros caballeros. En sus últimos momentos de vida, Smaug lamentó no haber sentido nunca un amor tan grande por algún otro ser, como el que sentía aquel joven por una dama que le había rechazado.

Una vez acontecido este acto de valentía, el príncipe, dándose cuenta de que era verdad que soñaba con algo imposible, decidió poner fin a su trágica historia de amor tirándose por un barranco... La historia de que el príncipe había matado al dragón y se había suicidado después llegó a oídos de la princesa, quien pensó -entre lágrimas- que no debería haber despreciado a aquel caballero que ofreció su vida para salvar la suya.

El collar

Amanda Blanco Iglesias
(Colegio Altamira,
Fuenlabrada)

Soy una chica de 15 años introvertida. Me he pasado la mayor parte del verano encerrada en casa. Como diría yo, tranquila y a mi aire.

Cada vez queda menos para que empiece el curso. Nunca he sido muy buena en los estudios y si, además, le añades que tengo que repetir curso, me hace tener menos ganas.

Las relaciones personales no son mi fuerte. Solía tener la etiqueta de la rarita de la clase y me temo que este curso lo voy a ser aún más, ya que iré a un nuevo instituto. Me esperan muchos cambios: otros profesores, compañeros desconocidos, nuevas instalaciones...

Han pasado ya los cinco días que faltaban para el inicio del curso, es de noche y estoy nerviosa, solo puedo pensar en lo que pasará mañana. No consigo dormir, así que decido salir sigilosamente para que me dé el aire.

Estoy caminando sin rumbo por unas calles que desconozco, ya que me he cambiado de instituto y también de zona.

Me relaja mucho pasear por la noche, cuando no hay ruido, ni luz... Para mí es como otra realidad, más tranquila y sin problemas.

De repente, oigo unos gritos: «¡¡No volveré a pasar por esto!!». Solo alcanzo a ver a alguien de espaldas que está tirando algo y se va corriendo, así que decido acercarme para ver el objeto que tanta intriga me causa. Parece un colgante, y de él sale una leve luz de color rojo. Es bastante especial; me agacho y lo cojo. Me llama mucho la atención, así que decido ponérmelo.

Regreso a casa; si no vuelvo ya, mañana estaré tan cansada que no voy a ser capaz de levantarme de la cama. Voy de camino y no dejo de pensar en que ojalá mañana sea un buen día.

Llego a mi casa y me meto en la cama, se me cierran los ojos solos y me quedo dormida rápidamente.

Ya es de día, suena la alarma y mis ojos se abren de inmediato. Los nervios recorren mi cuerpo... Me visto y voy a la cocina a desayunar; apenas tengo tiempo, así que no me entretengo demasiado. Cojo mi mochila y meto un cuaderno y un bolígrafo para anotar alguna cosa.

Me despido de mis padres, que me desean un buen día. Salgo de mi casa y en el camino hacia el instituto solo pienso en que todo saldrá bien. No tardo en llegar, ya que vivo cerca: «¡Allá vamos!». Entro en el edificio y veo a una mujer bajita y morena, supongo que será la directora, por la descripción que me hizo mi madre sobre ella. Me acerco y la saludo. «Tú debes de ser la nueva, Amanda, ¿verdad?», me pregunta. Asiento con la cabeza y me indica

que la acompañe. Llegamos a un aula bastante grande que está llena de alumnos, manda callar y, cuando logra un completo silencio y la atención de todos, me presenta. Yo sonrío y me siento en el sitio libre que hay al final de la clase.

Enseguida, la chica que está sentada en la mesa de al lado me saluda y empieza a hablarme sobre los chicos y las chicas de la clase, los profesores, los recreos... Me pregunta si me gustaría dar una vuelta por el instituto para empezar a situarme un poco; le digo que sí, así que, al terminar la clase, me voy con ella y su grupo de amigos.

Mientras paseamos por los pasillos me van contando anécdotas y buenos momentos. Parecen majos y estoy sorprendida por lo bien que me he integrado.

Suena la sirena, nos podemos marchar ya. Al salir me proponen pasar un rato con ellos y yo acepto. Vamos a un parque cercano y estamos un rato, hasta que me doy cuenta de que se me ha hecho un poco tarde y, como no quiero preocupar a mis padres, me despido y voy hacia mi casa.

Al llegar no oigo los ladridos de mi perro, lo que me extraña, ya que paso mucho tiempo con él y, cada vez que me siente, comienza a ladrar y siempre me recibe con mucha efusividad. Pero no le doy mucha importancia y entro en casa. Después de contarle a mi padre lo bien que me ha ido, empiezo a buscarlo. No lo encuentro, así que pregunto a mi padre si sabe dónde está; me dice que no lo ha visto. Empiezo a pensar que quizá se haya escapado, aunque no lo creo, porque es muy bueno. Aun

así, pregunto a mis nuevos vecinos si lo han visto por la calle, pero recibo la misma respuesta por parte de todos, que no.

Vuelvo a mi casa decepcionada y antes de entrar veo algo blanco al lado de las escaleras, me acerco y descubro que es la cola de mi perro. No se mueve, supongo que estará dormido, pero intento despertarlo y no soy capaz, me doy cuenta de que no está dormido, sino muerto.

Entro en mi casa y, entre lágrimas, cuento lo sucedido. Lo llevamos rápido al veterinario, pero nos dicen que es demasiado tarde y no se puede hacer nada.

La primera semana transcurre con normalidad, sigo lamentando la pérdida de mi mascota, aunque no dejo que eso me afecte demasiado, ya que estoy muy contenta por la escuela.

Llega el fin de semana y mis padres se van de viaje y me dejan sola en casa. El sábado decido invitar a algunos de mis nuevos amigos para divertirnos un rato y además para poder estar con un chico que me llama la atención: Samuel.

Ya han llegado todos y entre la música, las luces, la comida... nos lo estamos pasando genial, pero no consigo que Samu se fije en mí. Voy al baño para recogerme el pelo y, de repente, se me suelta el collar y cae al lavabo; al cogerlo descubro que en la parte de atrás hay una palabra grabada, esa palabra es *wish*, que significa «deseo». Empiezo a pensar que, cuando lo encontré, comencé a desear que todo fuese bien el primer día y así fue, se cumplió. Creo que solo es una simple coincidencia, pero como soy

bastante supersticiosa me vuelvo a poner el collar y pruebo: deseo que Samu se fije en mí.

Cuando salgo no veo a nadie, parece que todos se han esfumado por arte de magia, pero de pronto escucho un ruido y me asusto: es Samuel. Le pregunto por los demás y me dice que se han tenido que ir porque ya era tarde y sus padres les estaban llamando. Él se ha quedado para avisarme, y tengo la sensación de que para algo más.

Me dice que tiene que confesarme algo; le cuesta arrancar, pero finalmente lo suelta. Dice que le gusto y que quiere conocerme más. Yo me quedo paralizada porque justo antes lo había deseado con el collar.

Estoy un poco asustada, así que le pido que se vaya con la excusa de que estoy cansada y la promesa de que mañana ya hablaré con él.

Son las 00:00 y estoy tumbada en el sillón viendo mi serie favorita y comiendo unas palomitas cuando me llama mi padre. Me parece extraño que me llame a estas horas. Descuelgo el teléfono y comienza a titubear; parece muy angustiado, como si hubiese pasado algo malo. Efectivamente, tal y como me lo temía, algo malo había sucedido. El avión en el que viajaban mis padres había sufrido un accidente. Mi padre está bien, pero, por desgracia, en el momento del accidente mi madre estaba en el servicio y sufrió una fuerte contusión y había muerto.

No puedo creer lo que mi padre me está contando entre sollozos, las lágrimas inundan mis ojos y no soy capaz de articular palabra, no lo asimilo.

No paro de darle vueltas y caigo en una conclusión que me desconcierta. Las dos veces que he pedido un deseo se ha producido una muerte; tiene que estar relacionado con el collar. Todo por mi culpa, no me lo puedo creer.

Si se siguen muriendo seres queridos por mi culpa, no podré perdonármelo jamás, así que voy a tirar este collar antes de que me siga haciendo daño. Salgo de casa, ando un par de calles y lo tiro a un contenedor; solo espero que nadie lo encuentre.

No puedo contarle esto a nadie, he conseguido integrarme en la sociedad y no voy a permitir que me tomen por loca o que piensen que estoy traumatizada por la muerte de mi madre.

Al llegar a casa enciendo el ordenador y comienzo a investigar sobre el misterioso collar. Hay muchas teorías y experiencias sobre él, suenan a simples leyendas urbanas, o por lo menos así les sonará a las personas que no hayan experimentado estos sucesos.

Leo algo que capta toda mi atención y no me gusta nada: «No intentes deshacerte de él o más muertes te quedarán por ver». Me deja totalmente descuadrada y decido salir corriendo a recuperar el collar, pues lo último que quiero es que muera más gente. Llevo un rato buscándolo cuando por fin lo encuentro.

Al llegar a mi casa lo meto en una caja y la cierro con un candado.

Han pasado unos meses desde entonces y creo que me he vuelto loca, porque escucho voces que no paran de

susurrarme que lo use. Yo solo pienso: «Está en tu cabeza, Amanda. No es real». También veo sombras y tengo pesadillas terribles; todo desde que encerré el collar.

Empiezo a creer que se ha apoderado de mí una extraña maldición por no utilizar el collar y eso me aterra. Ni siquiera salgo de casa por miedo; a pesar de que mi psicólogo trata de convencerme de que es estrés producido por la pérdida de mi madre.

Llega el día en el que decido armarme de valor e ir a clase. De camino al instituto tengo la sensación de que alguien me persigue, como si pudiese sentir una presencia, pero cuando me giro no veo a nadie.

Ya no queda nada para llegar, pero justo antes de cruzar el paso de peatones me giro una vez y veo una silueta negra que minutos antes no estaba detrás de mí. Comienzo a correr y, al cruzar, un coche que se estaba aproximando me arrolla. Desde ese instante no soy consciente de nada.

Me encuentro fatal, me duele todo el cuerpo y ni siquiera puedo abrir los ojos, pero después de mucho esfuerzo lo consigo. Veo muy borroso, pero supongo que estoy en un hospital, miro hacia un lado buscando a mi padre, pero, en su lugar, veo aquella silueta que ha provocado mi accidente y me asusto. La silueta se va acercando más y más; me falta el aire, siento mis pulmones inundados y cada vez tengo menos fuerza, hasta que finalmente todo se vuelve negro.

La chistera

Nadia Blanco Loeches
(Colegio Altamira,
Fuenlabrada)

Un viernes más, Paola comenzó a prepararse para hacer lo que más le gustaba: ir de compras. Era una adolescente de 16 años como cualquier otra, vestía a la moda, peinaba su larga melena pelirroja con una coleta alta y maquillaba sus mejillas de una forma muy sutil. Era una persona alegre e independiente. Todos los viernes quedaba con su prima Andrea e iban al centro comercial, disfrutaban viendo todo tipo de artículos y pensaban en los regalos que iban a hacer a su familia en Navidad. Tras una agotadora tarde, cenaban algo en una hamburguesería y se despedían hasta el siguiente día que quedaran. Su prima era una de las personas más importantes para ella, era una auténtica amiga. Al igual que Paola, tenía los ojos verdes, pero su pelo era oscuro. Poseían ese aire familiar que les hacía tener un gran parecido y les encantaba disfrutar del máximo tiempo juntas.

Ese día quedaron a las seis menos cuarto en la puerta de Paola y cogieron el primer autobús que las llevaba al centro comercial. El autobús iba llenísimo, como siempre, y más ahora que se acercaban las fiestas. Todo seguía el

plan previsto. Sin embargo, ese no fue un viernes como todos los demás para Paola.

Cuando llegaron, el centro comercial estaba lleno de gente, era difícil caminar por los pasillos sin chocarse con alguien. Iban decididas a comprar los regalos que ya habían pensado, pero las tiendas estaban abarrotadas y, cuando conseguían llegar al mostrador de alguna de ellas, el artículo en cuestión estaba agotado. Ya no pudieron comprar ese sombrero tan bonito que habían visto para el abuelo, y el collar de mamá también estaba agotado. En fin, la tarde empezó de una forma un poco desastrosa. Decidieron parar e ir a tomar un helado mientras hacían tiempo para irse a casa. No dejaban de hablar de lo que había pasado en el instituto, de lo último de internet, del primo Alberto que era un pesado y no había quien lo aguantara. Hablaron y rieron sin parar hasta que Andrea recibió un mensaje de su madre pidiéndole que volviera a casa porque no se encontraba muy bien. Paola quiso quedarse para intentar comprar alguno de los regalos antes de volver. Se acercaba la hora del cierre y cada vez había menos gente. Era el mejor momento para comprar. Después de muchas vueltas, fue al aseo antes de salir del centro comercial. No tardó mucho tiempo, o al menos es lo que a ella le pareció. Cuando salió, encontró las puertas de salida cerradas y los pasillos vacíos y a oscuras. ¿Cuánto tiempo había estado en el baño? No era posible que se hubiera quedado encerrada. Trató de llamar a casa y a la policía, pero no tenía batería. No podía explicar qué estaba pasando. ¿Cómo había llegado a

esa situación? Empezó a agobiarse al pensar que tendría que pasar la noche allí sola y, sobre todo, pensaba en su madre cuando viera que no llegaba a casa y que, además, no contestaba al teléfono.

Comenzó a buscar al vigilante de seguridad, ya que era imposible que se hubiera quedado sola, tenía que haber alguien más. En los centros comerciales hay vigilancia por la noche. El padre de una amiga era vigilante y sabía que era así. Fue a la planta baja para buscar el control de seguridad, pero no tenía ni idea de por dónde buscar. No había señales de que alguien estuviera por allí. Sin saber qué hacer, consiguió algo de comer en las máquinas expendedoras. Un sándwich no era su cena ideal, pero no tenía otra cosa. Se acurrucó en un banco y esperó a que alguien pudiera encontrarla.

No había pasado mucho tiempo cuando oyó un ruido que la sobresaltó. Parecía como si una puerta se hubiera cerrado de golpe. En el silencio del centro comercial, sonó como si fuera una bomba. Se acercó muy despacio, porque el miedo empezó a apoderarse de ella. En un pasillo interno, escuchó a dos personas discutir. Gritaban y se oían golpes, como si estuvieran peleando. Abrió la puerta con cuidado y vio a un hombre muy corpulento golpeando al vigilante de seguridad. Este cayó al suelo, parecía sin vida. Tenía la cara llena de sangre. Se asustó y soltó la puerta. Un pequeño ruido hizo que el asesino se diera cuenta de que alguien acababa de ver el crimen que había cometido. Paola salió corriendo, intentando buscar donde esconderse. Todas las tiendas estaban

cerradas y corrió hacia el hipermercado. Saltó la valla y corrió por los pasillos. Sentía los pasos del asesino detrás de ella. Corrió y corrió y, finalmente, se escondió entre la ropa colgada de los expositores. Escuchó a alguien que se acercaba. Aguantó la respiración. Estaba paralizada. Justo delante de ella se paró el asesino, lo escuchó hablar con alguien a través de un *walkie-talkie*: «¿Dónde se habrá metido? Me ha visto, no puede salir de aquí. Vigila la puerta, tiene que salir por algún sitio».

Había más gente en el centro comercial. El pánico no la dejaba moverse. Aquel hombre siguió por el pasillo y Paola aguantó quieta hasta que dejó de oír ruidos.

Salió del hipermercado y buscó la forma de salir del centro comercial. Todo parecía tranquilo, no se oía nada. Se acercó a una de las entradas del cine y escuchó unos cánticos que consiguieron asustarla. Se asomó a la sala desde donde venían los cantos, y vio a un grupo de personas adorando a Ba-be-bok. Había oído hablar de aquel personaje, pero siempre pensó que eran cuentos para niños, de los que se contaban en los campamentos alrededor de la hoguera. Según la leyenda, Ba-be-bok es un demonio que se alimenta de los miedos de las personas. Paola no entendía cómo alguien podía creer en algo así.

En la sala pudo ver a ocho personas, vestidas de negro con una chistera como la que se describe en la historia de Ba-be-bok. En el centro de ellos, había una figura que representaba a Ba-be-bok. Pero, de repente, la figura tomó vida y empezó a flotar por encima de sus cabezas. No podía creer lo que estaba viendo. Debía de ser algún tipo de

truco o efecto especial. Del susto se cayó hacia atrás. Todos los que estaban en la sala miraron hacia donde ella se encontraba y la señalaron de una forma muy inquietante. Comenzaron a seguirla; el asesino estaba entre ellos.

Mientras corría empezó a recordar detalles de todo lo que había sucedido. Recordó la historia de Ba-be-bok y que se alimentaba de los miedos. Pero era solo una historia, no podía ser real. Paró en seco y les plantó cara. Todos los que la perseguían pararon en seco y se quedaron mirándola desconcertados.

—¡No eres real, no te tengo miedo! —gritó Paola.

Ba-be-bok dio un grito atronador que la hizo retroceder. Sin embargo, dejó de sentir miedo. Aquello no era real y no había motivo para sentirlo. Ba-be-bok la miró fijamente a los ojos y se desvaneció en la oscuridad. Las ocho personas que le acompañaban cayeron al suelo inconscientes. Poco a poco, empezaron a despertar de una especie de hipnosis. No recordaban qué hacían allí ni lo que había sucedido. El asesino tampoco recordaba nada. Solo Paola era consciente de lo que había pasado. Habían estado poseídos y controlados por el demonio de Ba-be-bok, pero ahora todo parecía haber acabado. Solo faltaba salir de allí y poder regresar a casa.

Una de aquellas personas llamó a la policía para que los sacaran de allí. Eran las cinco de la mañana. Pronto el centro comercial abriría sus puertas de nuevo. Se sentaron a esperar a que llegara la ayuda.

De pronto, la megafonía del centro comenzó a llamar a Paola.

—PAOLA, PAOLA, PAOLA.

El miedo recorrió todo su cuerpo de nuevo. No era posible que la pesadilla no hubiera terminado.

—PAOLA, PAOLA, PAOLA.

Paola abrió los ojos y vio la cara de su profesor de Ciencias.

—Señorita, este no es el mejor lugar para echarse una siesta. Haga el favor de atender —dijo el profesor.

Paola no se lo podía creer, todo había sido un sueño. Respiró aliviada y miró a sus compañeros un poquito avergonzada. Cuando giró la cabeza miró a la ventana que tenía a su derecha y vio una chistera a través del cristal...

El huésped

Marina Cano Barreiro
(IES San Isidro, Madrid)

El huésped

81

Tengo miedo.

El frío me está matando, los noto correteando por mi cuerpo, están por todas partes, están cerca. Huid si podéis, nunca cerréis los ojos, jamás os durmáis o aparecerán.

DÍA 1

No consigo huir, cuanto más lo intento, más me aprietan las fastidiosas cadenas. ¡Necesito escapar!

Están muy cerca, están a la vuelta de la esquina y yo sigo aún atado. ¡Ayuda, no me dejéis aquí, necesito salir!
¡Vienen a por mí!

Frío, frío de repente. No siento mis pies, están completamente congelados, ¡congelados! Por más que lo intento, no puedo escapar. Me tienen vigilado, controlado, nadie me comprende, pero tú sí, tú me entiendes, tú sabes que no estoy perdiendo la cabeza, tú también los ves.

Lo sabía, sabía que no estaba loco. Malditos bichos, querían hacerme creer que estaba loco, que todo esto

eran alucinaciones, que no estaban ahí las criaturas, pero están, mi amor, claro que están.

Los estoy viendo, bueno, más bien ellos me están mirando. Cuidado, escondámonos, están muy cerca, escucho sus pisadas, sus terribles patas corretean por el suelo, quieren llegar hasta nosotros, quieren chupar mi sangre, dejarme sin una sola gota en el cuerpo.

Están de su parte, ¿por qué? ¿Por qué nadie me ayuda?

No estoy loco, mi amor, yo sé que tú también los ves, mira, nos están observando, alza la vista.

DÍA 2

Ya no lo soporto más. Esta angustia me está matando, hace días que no sé dónde están. Estoy perdido, amor mío. ¿Cuántas semanas habrán pasado? Dos, quizá tres. He perdido la cuenta del día en el que vivimos. Oigo tu voz, es tu voz lo único que me mantiene cuerdo, eres mi único recuerdo.

Me observan desde todas partes, pero hace días que no las siento.

¿Cómo que dónde las siento? En el cuerpo. Ya te hablé de ellas, te hablé de las garrapatas. ¡Por qué no me haces caso! ¿Acaso no me escuchas? Llevo meses diciéndotelo.

¡Están creciendo!, ¡se están alimentando de mí!, ¡soy su maldito huésped!, ¡su rehén!

Juraría que la mayoría tienen ya ocho patas. ¡Sí, mi amor, ocho patas! ¿Cómo te atreves a decirme que no te hable así... si me haces preguntas que ya te he respondido?

¡Que no te la he respondido! Olvídalo, olvídame a mí. Definitivamente nadie me escucha, nadie me entiende. Estoy perdiendo la cabeza.

DÍA 3

Amor mío, vuelve, no aguanto más la angustia de estar aquí sin ti. Todo se ha tornado negro, se me cierran los párpados del cansancio.

Perfecto, no volvamos a discutir por preguntas sin respuestas y por respuestas sin preguntas, perdóname y sobre todo no me dejes. Nunca me abandones.

Oigo el sonido de sus dientes penetrando en mi es-cuálido cuerpo. Me pregunto cuánta sangre quedará en mí ahora mismo. Al ritmo que me están vaciando, intuyo que menos de un litro. Estoy hambriento, fatigado y muy cansado, pero no puedo dormir.

Si me dejo llevar por el cansancio, ellas habrán ganado, amor mío, y no volveré a verte.

Han comenzado. ¡Ayúdame!

DÍA 4

Las garrapatas se han multiplicado. Mi amor, no creo que supere la noche. No quiero morir, pero tampoco aguanto más el dolor. Sé que te prometí sobrellevarlo, pero ya no puedo más. Mi deseo ahora es dejar de sufrir.

DÍA 5

Cuatro meses han de haber pasado ya desde nuestra última charla. Mis seis litros de sangre se han agotado, vaciado, nada queda de ellos ya, se han volatilizado. No sé si será el cansancio o el delirio, pero creo que las garrapatas han mutado y cambiado de color. Antes eran grises, grises y claras, y se hinchaban como los globos de las ferias.

¿Te acuerdas de las ferias de Madrid? Qué ganas de estar de nuevo allí, y de salir de aquí.

Ahora, hasta donde alcanza mi vista en esta oscura y tenebrosa sala, solo veo sangre, sangre por toda la cama, en mi cuerpo y en el suyo; ahora son rojas, granates, color vino... ¡Son del color de mi sangre! No tengo miedo, estoy aterrado. Nadie me ha anestesiado y siento cada pinchazo que van dejando, siento cómo me van penetrando lentamente, cada mordisco, cada respiración en el interior de mi ser; el contacto gélido de sus patas en mi carne me da escalofríos. He de callarme, amor mío, ya no puedo hablar más, están en mi garganta, se encuentran ya en límites insospechados; donde antes había tres, ahora hay cincuenta y seis. Nada queda de mí ya, nada queda de ese tu esbelto y hermoso Nicolás.

DÍA 6

¡Ayuda!, ¡socorro!, que alguien las pare.

¿Que te las describa? No veo nada. Hace días que cubrieron también mis párpados y mis ojos, sus fauces han penetrado y perforado cada molécula de mi ser. Han de ser unas diez mil. Todavía me pregunto qué hago para seguir vivo, le rezo a cualquier dios que pueda escucharme para que me alivie de este dolor. A cambio de aliviarme de mi horrible pesar, les he jurado lealtad eterna y nada he obtenido.

Antes de cerrar para siempre mis ojos pude ver unas cuantas, todas son muy diferentes. Ojalá fuese entomólogo para poder precisar cada uno de los insectos que recorren mi cuerpo en estos instantes; poco puedo decirte más allá del color, el tamaño y de sus escalofriantes ojos. Observé también que, cuanto más grandes eran, más patas tenían. Las pequeñas solo tenían seis, mientras que las más grandes juraría haber visto que tenían ocho. También creo que hay diferencias ligadas al sexo: las rojas de las que te hablé, juraría que son machos, mientras que las grises que descienden esporádicamente de mi cuerpo al suelo, creo que son las hembras. ¿Que cómo lo he adivinado? Pues porque cada vez que bajaban al suelo las garrapatas grises, al cabo de un par de días subían muchas más.

Pero yo no confiaría en mis supersticiones. A día de hoy estoy tan seco como una pasa, y tengo muchísimas apariciones y alucinaciones; quizá todas las garrapatas sean negras o todas sean blancas y yo estuviera delirando, ¿quién sabe?

Ya he perdido el sentido del tacto, del olfato y de la vista, menos mal que todavía te oigo.

Susurros de preguntas

Lara Galindo Martínez
(IES Antares,
Rivas Vaciamadrid)

Susurros de preguntas

89

No sé qué me está pasando, no tengo nada que escribir, no tengo imaginación alguna. Y lo peor de todo es que mi vida se basa en esto, el dinero que gano escribiendo mis novelas y mis obras es el que necesito para mi día a día.

En conclusión, sin los libros que escribo, no hay dinero, y sin dinero no puedo vivir dignamente.

Anteriormente, yo escribí cuatro obras de teatro, tres novelas y tres antologías de poesía que, en su momento, tuvieron bastante éxito, la verdad.

Al tener todas ellas un gran éxito, gané el suficiente dinero para vivir cómodamente durante varios años.

Y debo admitir que mi obra favorita es la primera que publiqué, ya que se la dediqué a mi madre, a quien la tuberculosis le jugó una mala pasada cuando yo solo era un niño. Tengo muy pocos recuerdos de ella, porque han pasado quince años desde entonces, pero yo siento que ella está ahí, a mi lado, cuidándome y viéndome.

Sus últimas palabras fueron: «Estoy orgullosa de ti, hijo». Ella, cuando yo era pequeño, siempre leía mis historias para darme su opinión y jugábamos a ser grandes

escritores enfrentándose a una editorial; la más famosa de esa época se llamaba Maso. Siempre fue mi sueño publicar en esa editorial.

Ahora, mi gran sueño es poder agradecer a Trece Letras, la editorial con la que estoy trabajando hoy en día. Es muy conocida, sobre todo porque Lope de Vega, cuando solo era un adolescente, estuvo trabajando durante un buen tiempo.

Todo esto me puso en una situación límite que me llevó a tomar la decisión de acabar con mi vida de una vez por todas. Pero al final no lo hice porque sucedió algo muy raro justo cuando estaba en el balcón de mi casa.

Estaba fuera, reflexionando sobre la vida en general, un poco harto de todo y quería acabar de una vez por todas; estaba harto del estrés, de las noches sin dormir, de las prisas y de todo, y pensaba que lo mejor era terminar con mi vida. Cuando estaba inclinándome hacia el balcón, escuché una voz detrás de mí; fue como un susurro seguido de su eco.

Esto me alertó, porque yo vivo solo, nadie podía haber entrado en mi casa porque nadie tiene las llaves y además era de noche.

Después del susto que me pegué, me metí en la cama corriendo.

Me quedé dormido, pero al poco tiempo me desperté. Estaba un poco aturdido, no sabía qué había pasado, no sabía si había sido un sueño lo que me ocurrió o qué fue lo que pasó. Solo me venían palabras, muchas palabras a la cabeza. Entonces, me levanté de la cama y me dirigí

a mi escritorio para apuntar todas las palabras que recordaba de ese extraño sueño.

Estuve toda la noche despierto, porque resulta que con todas esas palabras podía formar una historia, y fue lo que hice.

Yo creía que esas palabras me venían solamente en la cama porque es el sitio en el que más me relajo, pero resulta que esas palabras sin sentido alguno, que venían a mi cabeza todas las noches, procedían de una persona; y debía de ser una persona cercana a mí, ya que un día no fueron palabras sueltas, sino frases, frases muy largas que me contaban una historia que tenía que ver con mi vida cuando yo era pequeño. La historia contaba momentos que pasé con mi familia, con mi madre.

Pensé que podría ser un espíritu, pero no sabía de quién.

Tal vez, quien me estaba ayudando a escribir mis historias desde aquella noche podría ser el espíritu de mi madre.

No se me quitaba esa teoría de la cabeza, y esa noche me quedé despierto para tratar de ver el espíritu de mi madre.

Pasaron horas y horas y horas y no sucedió nada, y entonces decidí acostarme. Justo cuando cerré los ojos, oí un ruido, me tapé con las sábanas hasta la cabeza y, por un momento, sentí que alguien estaba a mi lado y decía mi nombre.

La voz me resultaba familiar; me vino un olor también muy familiar, como el de mi madre. Entonces, me

quité las sábanas de encima y vi a una mujer: era mi madre.

—¿Madre?

—¿Qué tal, hijo mío? —Me abrazó, y yo no me lo podía creer. Era mi madre, el espíritu de mi madre, pero era ella.

—¿Fuiste tú la de los mensajes por la noche para escribir mis historias?

—Sí, fui yo —dijo ella.

—¿Y por qué has esperado tanto para venir a verme, para hablarme?

—Patricio, como tú ya sabes, aunque no creo que te acuerdes tan bien, yo fallecí cuando solo eras un niño, y de donde yo vengo no se puede estar yendo y viniendo todo el rato.

—Pero...

—Claro que tenía ganas de verte, a ti y a tu padre, pero no podía. Creo que he venido para ayudarte en el mejor momento. Te vi un poco estresado con tus historias y decidí ayudar a mi querido hijo.

—Gracias, mamá.

—Hijo, me alegro mucho de verte. Si alguna vez más necesitas ayuda, volveré encantada.

—¿Te tienes que ir ya, mamá?

—Siempre te estaré cuidando, recuérdalo.

—Te echaré de menos.

—Y yo a ti, hijo.

Se fue por el mismo camino por el que vino, su silueta se fue desvaneciendo hasta que desapareció.

Hoy dormiré bien, y no porque ya no esté bloqueado, sino porque he visto a mi madre después de tanto tiempo.

Hoy ya no, pero mañana empezaré otra historia y se titulará *La historia de mi vida*.

¿Soy yo?

Nerea Gallego Asensio
(Colegio Nuestra Señora
de la Merced, Madrid)

¿Soy yo?

97

Una lóbrega brisa me genera estremecimiento desde lo más hondo de mi espalda, recorriendo mi garganta, arribando a mi sien.

Permanece, indómita, correteando por mi torso, escondiéndose en mis extremidades; susurrando en mi oído terribles augurios.

Canta a mi vera, se acuesta conmigo, me rodea, me envuelve.

Soy incapaz de moverme. Pretendo agitarme; utópico.

Gritar es inviable. El aura me palparía los labios, los acariciaría. Permanecerían sellados.

En mí yace el hombre que transige con su muerte. El hombre que comprende que sollozar es en vano, o que únicamente reside en sí mismo.

En mí yace el hombre que no cuestiona.

Advierto un lacerante pinchazo enfermar mi piel. Mis ojos, terriblemente, se abren. En ellos recae el mayor temor jamás experimentado. Azules, escapan sus órbitas y su esclerótica se torna roja. La misma sangre sucumbida por las bestias devoradas. El llanto escapa. Mis cejas

retratan espanto. Se elevan sobre sí mismas, al igual que si pretendiesen abandonarme y buscar salvación. El gí-moteo ensucia mi íntegro rostro. Quizá, se trataba del terrible licor del diablo. Linfa bermellón. Expresión horrenda.

Mi yo interior se desgañita, vocifera, solloza. Suplica auxilio. Un auxilio mudo, incapaz de ser requerido. Mi voz no alcanza a sonar, mi alma abandona mi cuerpo.

Los músculos de mi boca arden, sufren, los desgarro. La saliva se me escapa. Mayor humillación.

El hedor de la terrible mañana quiebra la estancia, las paredes húmedas gimen y las ventanas se abren escabrosamente. Mis imploraciones de piedad han sido atendidas. Impregna la habitación la brisa gélida, y yo me apresuro a cubrirme. Mis manos, descarnadas, surcadas, se despliegan por la cama hasta que, con dos de mis inmóviles dedos, rozo la tela. Temo congelarme, mis brazos se tiznan purpúreos y mi corazón late aletargado. Alcanzo a, únicamente, abrigar mi torso, muerto, cadavérico.

El susurro de Belcebú destierra mi cuerpo. Terrorífico llanto. Mis carrillos se ahogan. Danzando, viles, las cortinas entrevén la olvidada mañana, el tronco exánime, putrefacto en la niebla.

El alba ha despuntado, aunque la calígene la troquela y mancilla. Le conmina desde el altar satánico, y, ¡oh, si este no te ha asfixiado, no comprenderás este relato! Que no es ni pérfido ni sangriento; únicamente, veraz.

La realización de los sollozos me hace caer. Caer al abismo donde perece el odio feroz. La cama se alza

ante mí, y el suelo frío me despecha y susurra que no le pertenezco, ni él a mí. Debo abandonarlo antes de que tome represalias, ya que, en este espacio, aquello inanimado cobra la peor vileza, y aquel humano es fustigado. ¡Lo peor de este recuerdo es no haber comprendido en ese momento que todo lo que vi, sentí u oí es completamente quimérico!

Coloco ambas manos sobre el entarimado y pretendo alzarme. Con la fuerza de Hércules me entrego al cielo, sin embargo, este me rechaza y entro en cólera. Mis piernas comienzan a temblar, y yo con ellas. Y mis brazos yacen inmóviles. Mi rostro horrorizado, mis venas se marcan y mis ojos escuecen. Estos se autoflagelan, no quieren pertenecerme, ni ver estos sucesos; y los comprendo. Si mis brazos siguiesen estando guiados por mi voluntad, ¡oh!, ellos bien lo saben, hubiesen liberado a mis pequeñas bolitas, y así los espíritus me hubiesen manumitido. Y la muerte plácida hubiese acontecido.

Pretendo acercarme a la ventana y, allí, gritar piedad y conseguir socorro. Mis ojos lloran de nuevo, y el llanto no es otro que sangre; y mi boca se abre y gime, y sangre expulsa. Arrugas jamás vistas surcan mi rostro, y gritan conmigo. Absolutamente todas las partes de mi cuerpo han cobrado vida y todas, traidoras, desean abandonarme en esta sepultura.

Repto, únicamente empleando mi torso, restregándome por el suelo y patinando por el llanto. Mis clavículas, paseo empedrado, se rompen contra la madera, y chocan y chocan y chocan.

Y allí, al pie de la ventana, comprendo que jamás podré asomarme a ella; y el recuerdo de la neblina cegando el prado solo yacerá como recuerdo y jamás como visión. Sí, sucumbir en ese suelo es mi destinación. Acaso, ¿cómo he terminado aquí?

Mis manos, ellas, ya no recorren surcos y se encuentran íntegras. «¿Cómo?», me pregunto. Las visiones aquí, entonces, son efímeras, no son veraces. Estas, exigüos satanes, carcomidas por lo vil, trastornan el espacio, ¡y me gritan! ¡Y articulan pueriles llantos purgatorios! ¡No desean mi libertad!

Brincan y ansían alborotar, me escapan, se me escapan. Mis ojos, antiguas armas sensores de beldad, hinchan mi faz y chupan mis pómulos. Bañados oscuros, sangre mustia, observan, presos del pavor, como mis frágiles dedos toman posesión sobre mí. Estos me deslizan. Desde mis deltoides, un susurro musita una orden e intento cumplirla. Feroces desgarros viscerales revelan mis labios, mi espalda se contrae, tomando indudables formas desfiguradas.

La autoridad se agrava bajo mi anular, pequeñas ninfas rojas que me privan de mi humanidad. Un llanto de piedad emana de mis pulmones y chilla en mi garganta. El elusivo carácter vicioso, la adultez como castigo pretencioso, la conforme inconformidad de la proximidad mortal.

Me escurro sobre los pavimentos pisados por otros. Presidentes, cocineros, todos cosquillean mi descarnado rostro y se regodean, únicamente ante la ceguedad de su

miseria. Mi dedo anular anticipa al corazón, y al igual que los pequeños muñones de los niños jugando a ser hormigas, bogan al lavabo. Lo concibo como mi castigo vital, letal, que surca tus pupilas y las torna blancas, condición humana que combate cualquier dolor previamente acentuado. Se amalgama con la completa comprensión de la estancia en el infierno.

El retrete es rosa y deslumbra violáceo. El ocaso como asfixia. Emerjo ambos brazos sobre el lavabo. Mis lívidos dedos, ¡no!, desoyen la ostensible frigidez. Sus nudillos bermejos y corrompidos niegan mi irrisoria humanidad remanente. Rasgos fiambres mendigan piedad en la pila. ¡Por favor, ahogadme si no me levanto! Fortuitamente, mi mole íntegra se yergue, la cual carece de valor como residuo de aluminio. Asilo mi rostro en mi pecho, temiendo la mirada contraída del indigno temerario, ojos que carcomen, viles y blancos. Las luces guiñan, como musgo y monasterio. Atoran mi visión y sobre ambos angostos pies temo caer si no me observo. ¿Acaso amedrento a la realización de aquello a lo que he mudado? ¿Acaso no he prescindido de mi cáscara, exánime? ¿No ofrezco mi intrínseca desfiguración?

Mi reflejo de finado es, ¡ah!, un retrato del ya difunto. ¡No! El espejo lóbrego, reverberaciones mostazas despliegan un contoneo vigoroso. No lo comprendo. ¿Qué? Arrastro mi rostro y lo observo. ¿Qué sucede? Plasmo una mueca terrible y él me mira inquieto. ¡Ese no soy yo! ¡Lo juro! Mis labios se guillotinan, mis ojos exudan el humor acuoso como atajados por navaja. El hombre

del retrato oscuro frunce su ceño de tupidas cejas. Me distancio y ando. Un paso con el pie izquierdo, otro con el derecho. Antes no sabía cómo andar. Y él permanece en su quietud y se abronca en su gesto enojado. ¡No! ¡Yo ando! ¿Por qué él no? Nebulosa evocación, acaso, ¿soy yo?

Grito, grito, me desgañito. Mi cabello exhala en mis sienes y prospera en mis oídos. La humedad se desliza en mis pantalones, deambula en mis muslos. La nuca, como enviada a morir, llora. ¡No! ¡Nadie me oye! ¡No! ¡No soy yo! ¡Lo prometo!

Veneno

Martina García Peñalba
(Colegio Quercus,
Boadilla del Monte)

Cuando murió mi madre no me sorprendí en absoluto. Había estado leyendo las noticias diarias durante meses. Meses de ansiedad en los que no pegué ojo ni una sola noche. Aquellas noticias siempre anunciaban lo mismo: muertes de mujeres por violencia de género. Todos los días, sin omitir ni uno, algún hombre asesinaba a su pareja.

Los informativos no tardaron en sembrar el terror en Kansas, el estado en el que acontecían los asesinatos y en el que yo vivía con mis padres y mi hermano pequeño. Una epidemia estaba atacando la región, pero en lugar de ser una enfermedad la que acababa con vidas, eran hombres; hombres corrientes, con trabajo y con hijos. Eso era lo que auguraba: que en cualquier momento mi padre podría asesinar a mi madre.

Blake, mi padre, desenchufó el televisor y desactivó la conexión inalámbrica de la casa una semana después de que empezaran los asesinatos. Deduzco que lo hizo para imposibilitarnos el contacto con los medios de comunicación y, así, impedir que nos mantuviéramos al tanto de las noticias.

Pero él no sabía que el wifi de nuestros vecinos llegaba hasta mi habitación, y tampoco sabía que todas las noches antes de dormir agarraba mi portátil y leía todas las noticias que encontraba por internet.

Así hice durante mucho tiempo, hasta que una noche, tras leer otra noticia como las de todos los días, escuché golpes, seguidos de alaridos al otro lado de mi puerta.

En ese momento, una mezcla entre alivio y terror se apoderó de mi ser: alivio porque ya no tendría que preocuparme de la vida de mi madre; terror porque había muerto. Aquella extraña sensación se manifestó en forma de sollozos incesantes que amenazaron con ahogarme. Pero no morí, eso sucedería más adelante.

Siendo franca, no sé cómo sobreviví los días siguientes. No salí de mi habitación ni para ir al baño por el temor que me infundía la posibilidad de toparme con mi padre. Estaba siendo muy egoísta, porque estaba permitiendo que mi hermano conviviera con un asesino.

A pesar de la rotundidad con la que me negaba a salir de mi cuarto, acabé haciéndolo movida por mi instinto de supervivencia. En el resto de mi casa, toda señal de vida parecía haberse desvanecido. Un silencio sepulcral y sobrecogedor reinaba en el ambiente, un silencio que aguardaba para arremeter en el momento más oportuno y que me generaba una desconfianza desmedida.

Caminaba vacilante hacia la cocina, preguntándome dónde estaría Blake, cuando el destino me envió la respuesta. Un estrépito empezó a retumbar por las paredes de toda la casa, y supe que provenía de la habitación de mi padre.

Me acerqué hacia su puerta con sigilo y posé mi oreja sobre ella, esperando expectante oír algo más. «Samantha, yo te quiero» o «¡Basta ya, te lo ruego!» fue todo lo que pude escuchar. Pero ¿qué diablos estaba haciendo? Mi padre se había vuelto completamente loco, su propia culpabilidad lo estaría torturando.

Esperé un rato más, quería comprender qué estaba ocurriendo; sin embargo, la puerta se abrió de repente, empujándome contra el suelo de madera. Tumbada y con las manos sobre los ojos, esperé impaciente a que mi padre se abalanzara sobre mí. Me iba a hacer daño, no cabía duda, así que decidí permanecer quieta y no oponer ninguna vana resistencia.

Aún tenía todo el cuerpo tenso y en alerta, esperando recibir golpes o disparos, pero lo único que noté fueron unas manos sacudiéndome y gritándome al oído que huyera. Abrí los ojos y vi a Blake arrodillado a mi lado. Su semblante estaba deforme y cubierto de espantosas heridas que aún sangraban. Un escalofrío me recorrió toda la espalda, y gracias a Dios no pude ver el resto de su cuerpo.

—¡Tenéis que marcharos los dos! —tartamudeó—. Tu madre tiene hambre de venganza y no tendrá problema en saciarse, de una forma u otra.

Me separé de él con recelo. Ninguna de las palabras que nacían de su boca tenían el menor sentido: mi madre estaba muerta, jamás podría vengar su vida. ¿O sí?

Desvié la mirada hacia la puerta, en aquel momento entreabierta, y entonces unos ojos oscuros y vacíos aparecieron en la penumbra. No sabía a quién miraban

porque no tenían pupila, pero lo hacían con tal intensidad que me quedé totalmente perturbada.

Solté un grito ahogado, horrorizada por lo que acababa de presenciar. Salí corriendo para entrar en mi habitación y cerrar de un portazo.

Si de verdad aquellos ojos pertenecían al cadáver de mi madre, que debía haber recuperado la vida, Blake estaba en lo cierto.

Intenté calmarme y reflexionar, para luego caer en la cuenta de que, si mi padre había asesinado a mi madre, él era el único monstruo al que debía temer. Para salir de aquel infierno en el que mi padre me había metido, solo tenía que hacer una cosa: ayudar a mi madre a acabar con él.

Obedeciendo a mi lado perverso, volví sobre mis propios pasos para encontrar de nuevo a mi padre, pero por el pasillo me topé con mi hermano, que lloraba en silencio arrinconado en la pared.

—No llores, cielo —dije limpiando sus lágrimas y levantando su rostro para que me mirase a los ojos—. Tú y yo tenemos que ayudar a mamá. Cuando matemos a papá, todo habrá acabado, ¿de acuerdo?

Entonces, sus silenciosos sollozos se convirtieron en ensordecedores chillidos de desesperación. Mi hermano me miraba y señalaba como si yo fuese una chiflada más de la que debía escapar. Cualquier confianza fraternal había desaparecido.

Debía llevar a cabo mi plan antes de que fuera demasiado tarde. Aquello me disponía a hacer cuando, súbita-

mente, unas manos repugnantes me agarraron del cuello con una fuerza inaudita y me tiraron al suelo.

Solté un jadeo. Me dolía todo el cuerpo. Me levanté tan rápido como pude, pero ya era demasiado tarde: mi madre asía a mi hermano de la camiseta, acercándolo cada vez más a su boca. Aquella horripilante criatura no podía ser mi madre, ella nunca nos haría daño.

De inmediato, le grité que lo dejara en el suelo.

—He intentado con todas mis fuerzas matar a tu padre, de verdad que sí, pero me ha resultado imposible —comenzó a hablar con una voz áspera y monótona—. Créeme, siempre trato de matar antes a los padres para luego saciarme, mi intención no es aterrorizar a las familias. Tu madre fue fácil, sin embargo, tu padre se ha resistido de manera asombrosa y ya no dispongo de energía para acabar con él. Lo siento, pero tu hermano es lo único de lo que me puedo alimentar: los adolescentes producen en mi cuerpo horribles consecuencias.

Acto seguido, se dispuso a morder a mi hermano, que se había quedado paralizado y no parecía consciente de lo que estaba ocurriendo.

Yo sabía muy bien lo que tenía que hacer. Aparté a mi hermano de un manotazo y dejé que aquella criatura del diablo devorara mi marchito y desnutrido cuerpo, permití que aquel demoniaco ser obtuviera vida del veneno que se la arrebataría para siempre.

La bestia

Carmen Iglesias
(Hastings School, Madrid)

La bestia

Existe un lugar, perdido en las montañas, que pocos han explorado, ya que su acceso es arriesgado, y aquellos osados que consiguen entrar no siempre logran salir. Dicen que, en aquel lugar, hay un pueblecito remoto que ha sobrevivido, aunque ahora está prácticamente despoblado, exceptuando a aquellos valientes curiosos. En dicho pueblo, no hace mucho tiempo, ocurrió una de las mayores desgracias que han llegado a mis oídos, y que hoy procedo a relatar.

113

Cuenta la leyenda que en este pueblo siempre ha existido una bestia. Aquellos que la han visto la llaman el Lobo. En las noches de invierno, el viento trae consigo extraños rugidos, que los escasos aldeanos aseguran que siempre provienen de la vieja mansión. Aquella mansión fue construida por un rico empresario a finales del siglo XIX que, en uno de sus extensos viajes, se tropezó con el asombroso valle que arropaban las montañas y decidió asentar allí su imperio. De la mansión salió una fábrica y de la fábrica un pueblo. De pronto, había vida y todos los aldeanos estaban enormemente agradecidos

a este respetable señor. Había algo en él que captaba la atención: era extremadamente apuesto, lucía una figura esbelta y sus prominentes facciones lo hacían parecer de porcelana. Sin embargo, en su mirada había un profundo dolor inexplicable que nunca abandonaba sus ojos. Nadie en el pueblo jamás logró averiguar qué era lo que le perturbaba, pero en mi humilde opinión, no creo que estuviesen preparados para asumir semejante atrocidad.

Este hombre tenía un hijo que, aun de niño, era la viva imagen de su padre. El niño creció al igual que cualquier otro niño del pueblo y muchas veces se le veía jugando con sus elegantes trajes con los otros chavales, pero nunca nadie lo había visto por la noche. Nunca. Hasta que un día se le dejó de ver hasta por el día. No iba a la escuela. Sus amigos ya no sabían nada de él. Había rumores de que estaba terriblemente enfermo, pero el ajetreo de doctores, médicos y enfermeras que solía prevalecer en estos casos brillaba por su ausencia. Fue entonces cuando empezaron a oírse esos terroríficos rugidos. A aquel que los escuchaba se le erizaba el vello, era insoportable. Los aullidos retumbaban por todo el valle, lo que otorgaba a la bestia una especie de inquietante omnipresencia. A los niños ya no les dejaban salir por la noche, y se organizaron partidas de caza para averiguar dónde habitaba esta bestia.

En una de estas multitudinarias expediciones, un grupo de cazadores rastreó los rugidos, que los llevaron a parar a la elegante mansión. Estos, confundidos, acordaron que los ecos deberían de haberles jugado una mala

pasada, pero de pronto el Lobo rugió con más potencia que nunca. Los pocos que lo vieron dicen que nunca han olvidado ese momento; una sombra, tres veces el tamaño del hombre más robusto y más peluda que un oso, se transparentaba en la ventana. Sus ojos de sangre y sus sedientos colmillos resaltaban su diabólica expresión. Los cazadores, presas del miedo, parecían estar petrificados y contemplaron como, de repente, la bestia estallaba la ventana y se perdía en la oscuridad del bosque.

Después de aquel incidente, la familia abandonó el pueblo, desapareció sin dejar rastro. Extrañamente, la mansión permaneció intacta, como si fuese inmune al paso del tiempo; manteniéndose ajena a las invasivas hierbas que, poco a poco, parecían estar apoderándose de todo el pueblo. Incluso la altísima verja que rodeaba toda la finca parecía haber sido reforzada. La gente no podía evitar preguntarse si todavía quedaría alguien que cuidase de los bellos salones y la imponente fachada para mantenerla como el día en que se levantó.

Pasaron varios años y aun así los aldeanos no se atrevieron a derrumbar la mansión, y no había nadie que osase siquiera pasar por delante. Sin embargo, a Victoria le gustaba tanto jugar en los solitarios jardines del case-rón que todas las tardes, después de la escuela, se escapaba sin el permiso de su madre a imaginar que era una princesa que paseaba por sus palacios. Así que esa tarde, un día gris de diciembre, se escabulló por el minúsculo hueco debajo de la verja. Cuando levantó la vista, se le congelaron las venas, ya que un joven la examinaba

desde una ventana del piso superior con una mirada de profundo dolor que parecía apoderarse de sus ojos. Ella desafió su mirada fijamente, y juraría haber visto un destello escarlata en sus ojos. De repente, supo que él la estaba esperando arriba y que, de alguna manera, lo había estado haciendo durante mucho tiempo. Pero supongo que ya era demasiado tarde.

Cuando entró, subió por la interminable escalinata de mármol. Sus pasos resonaban por toda la casa, como un reloj contando cada uno de sus movimientos. Al final del pasillo, la sombra delgada y frágil la hizo recordar todas aquellas veces que su madre le había advertido de lo peligrosa que era la mansión.

—Lo siento mucho, pensaba que ya no vivía nadie aquí y en mi casa no tengo todo este espacio y... Yo no sabía... —Ahora que observaba al muchacho de cerca, el rojo de sus ojos era evidente. Los surcos que enmarcaban su mirada otorgaban a su expresión una indudable furia que recordaba a una bestia salvaje.

—No te apures —respondió él—, de todas formas, me vendrá bien un poco de compañía.

—¿Tú también vienes aquí a jugar? —se le escapó a Victoria, ya que, en situaciones de tensión, su boca parecía tener control propio.

—No, mis padres eran los dueños de esta casa. De hecho, mi padre fue quien la construyó. Claro, que la abandonaron y a mí con ella después de... —Un vistazo sediento le cruzó la expresión—. Pero, desde luego, una niña como tú no debería andar sola por estos sitios

ruinosos. ¿Nunca te han contado lo que sucedió en el pueblo?

El sol se posaba rápidamente en el horizonte y Victoria notó que la cara del chico parecía estar transformándose. Sus ojos brillaban y sus dientes cada vez se asemejaban más a los de un lobo.

—No, la verdad es que no suelo escuchar mucho a mi madre —dijo Victoria—, pero, ahora que lo pienso, se está haciendo tarde y debería volver a casa.

—¡Oh, vamos! ¿No te quieres quedar a cenar?

—No es necesario, de verdad. Yo solo...

El último rayo del ocaso se escondió tras las montañas y, con un ensordecedor bramido, el Lobo, por fin, enseñó su verdadero rostro. Victoria comenzó a correr desesperadamente, mientras una bestia hambrienta le pisaba los talones. Atravesó la altísima verja, que había sido especialmente diseñada para proteger al pueblo de esta inmensurable bestia y tras la que tantos años atrás unos padres habían encerrado a su pobre hijo licántropo. Debido a la torpeza de Victoria esta se quedó abierta y, por fin, el Lobo pudo saciar su sed de sangre.

Aquella fue la última noche de aquel remoto pueblo. Nadie sobrevivió a las terribles fauces de la bestia. La aniquilación de toda una población en tan solo una noche. Ríos de sangre sembraban las calles. Escenas de fallido heroísmo terminadas en una pila de cadáveres. Una vez que los pueblos de los alrededores se enteraron de la terrible masacre, intentaron devolver a sus distantes familias los cuerpos de sus seres queridos, pero, tras

buscar frenéticamente, nunca se encontró el cuerpo de Victoria.

Dicen que, a veces, en las noches sin luna, se escuchan los gritos ahogados de un pueblo que murió muy pronto, y el llanto de una niña que llora porque no puede ser princesa.

Doña Juana Tenorio

Pablo Medina Gómez
(IES San Isidro, Madrid)

Doña Juana Tenorio

Estoy tumbada en el suelo pensando en el gran hombre que me acompañará durante toda mi vida y en el que me acompaña desde arriba. Don Fernando es mi amado; él es un hombre valiente, luchador y amoroso. Su clase social no le ha impedido llegar hasta mí y lograr que surja el amor y eso, al igual que a mí, nos ha limitado la buena relación con nuestra familia, por lo que el camino del amor lo recorreremos juntos. Las noches me dan mucho en qué pensar, pero hoy no es una noche cualquiera, hoy estoy teniendo una fuerte discusión conmigo misma. Hace poco conocí a don Luis en el río: un hombre apuesto, caballeroso y de la misma clase social que yo. Estaba bañándose con su hermana en el río; fue mirarlo y, al instante, vi que era un hombre puro, aunque Dios en ese momento no estaba con él. Me contó que estaba así porque su mujer lo había abandonado y se había ido sin dejar rastro.

Me quedé tan conmovida que permanecí hablando con él toda la noche, mirando las estrellas y con el sonido del río de fondo.

Estoy en la parte de arriba de la casa y alguien ha llamado a la puerta, pero hoy no espero a nadie; Fernando tendría que estar trabajando en el campo todo el día, así que no sé quién será. Me asomo a la ventana y veo que allí, en mi puerta, está don Luis, aquel gran hombre que conocí la otra noche en el río. Sinceramente, no tengo nada que darle, pero estoy aburrida y necesito hablar con alguien. Me ha invitado a ir a su castillo, de hecho, he aceptado y ya estamos yendo. Cada vez que hablo con él y estoy con él me voy dando más cuenta de lo buen hombre que es, de su caballerosidad y también de su talento para enamorar a todas las mujeres con las que habla y con las que no. Montado en su negro corcel, su largo cabello moreno se balancea de lado a lado chocando con sus fuertes brazos; su seriedad se contradice con la expresión de su cara, siempre lleva una sonrisa en la cara, y cabalgando destila bondad y majestuosidad.

Una vez en su castillo, pasamos toda la noche juntos, sin duda es una de las noches más agradables de toda mi vida, por primera vez no tengo que estar al lado de un río pasando frío y vigilante para que no nos descubran.

Don Luis tiene algo que muchos hombres no tienen: él entiende, él comprende, él escucha, y su belleza y su físico resaltan por encima de todo y de todos.

Han pasado semanas y no he tenido ningún contacto con él, desde ese día no ha vuelto a llamar a mi puerta ni me ha venido a buscar.

Vuelvo a estar tumbada en el suelo pensando, pero esta vez solo en el hombre que me acompañará toda mi

vida, don Fernando. Durante estas semanas, nuestra relación se ha enfriado y ya no vamos tanto al río como antes, ni pone la pasión de antes. Seguramente, se haya olvidado de mí y se ha buscado a otra amada mejor que yo, ¿será una señal que me ha enviado Dios? ¿Me ha querido separar de él y de don Luis porque no son los correctos? ¿Me tendrá reservado otro hombre que todavía no conozco? Sigo con esta reflexión durante dos días más, pero el 10 de septiembre de 1844 será un día que siempre recordaré. Después de tanto tiempo estando sola, recibí una visita: era la hermana de don Luis. Él había fallecido dos semanas atrás en una lucha por conseguir tierras de otro poderoso hombre. Consiguió las tierras, pero él falleció en la batalla por conquistarlas. Su hermana me dio las gracias por haber estado con él, pues al parecer había hecho que se sintiera como él nunca lo había estado, por lo que murió en el momento más feliz de su vida. Don Luis le había hablado sobre mí a su hermana, por lo que ella venía con unas expectativas muy altas sobre mí. La invité a entrar en mi casa, hacía mucho que nadie me visitaba y quería saber más sobre la vida de don Luis y la suya. Estuvimos hablando unas cuantas horas sobre él, y sobre nosotras, pero al final ambas caímos dormidas, cada una en un sillón, mirándonos la una a la otra. Nos despertamos temprano y salimos al jardín de mi casa a admirar el amanecer, un amanecer como ningún otro; tenía todos los colores posibles y se reflejaban en el cielo como si Dios nos quisiese transmitir algo y, de hecho, lo hizo. La situación dio un giro inesperado: doña

Candela se abalanzó sobre mí y me dio un beso, un beso que me impactó y se mantuvo durante unos maravillosos segundos. Ese beso fue diferente a los demás. Aparte de que era una mujer, el beso me transmitió algo que nunca antes había sentido y sin duda era algo nuevo, algo que jamás había probado, algo extraordinario. Volvimos a pasar esa noche juntas, pero esta vez dejando un poco de lado al difunto don Luis para hablar de nosotras y conocernos la una a la otra.

Esa misma noche decidimos ir a la montaña; era un sitio que me hacía reflexionar y ella coincidía, por lo que fuimos allí a terminar ese día en el que, sin duda, algo había empezado. Aún no sé qué tiene esa familia, pero las dos únicas personas que había conocido de ella me habían gustado. Pasaron semanas, seguíamos muy implicadas en nuestra relación, la más pasional que hasta la fecha había tenido. Como es obvio, nuestra relación no sería aceptada nunca, pero teníamos la ventaja de que mi casa estaba alejada de pueblos, donde seríamos marginadas y rechazadas. Entre las dos decidimos que se vendría a vivir conmigo, diciéndole a su padre que había encontrado al hombre ideal y que se iba a vivir con él a otra ciudad. Al igual que yo, ella era pretendida por muchos hombres, por lo que no levantaría ninguna sospecha. Ella desprendía belleza con sus cabellos rubios, cuello delgado y estirado, y una figura fina y delicada que le añadía mucho valor a su gran sentido del humor, inteligencia y valentía. También decidimos mantener la casa lo más cerrada posible y salir solamente por la noche, cuando

nadie nos podía ver y así disfrutaríamos la una de la otra, solas en la naturaleza. Pero esa noche no iba a ser como las demás. Cuando llegamos a la montaña, a lo lejos diferenciamos la silueta de una persona, o al menos lo parecía. Como no estábamos seguras, decidimos ir igualmente y ese fue nuestro error. Cuando llegamos, descubrí que aquella persona era don Fernando, mi amado, del que no sabía nada desde hacía unos meses. Él, al vernos, se sorprendió, se acercó hasta nosotras mientras yo le intentaba explicar a doña Candela lo que estaba pasando en ese momento. Me preguntó que por qué estaba allí con esa amiga y que quién era ella, ya que poco antes me había propuesto irme con él a pasar esa noche y poder retomar nuestra relación que, sin ninguna razón aparente, olvidó. Pero lo que él no esperaba era que le dijera que yo le había olvidado y que ahora estaba disfrutando de mi vida con doña Candela, manteniéndolo en secreto, pero felices, que ya llevábamos un tiempo y que ella no me había mentido nunca ni lo haría. En ese preciso momento, don Fernando echó a correr en dirección a la ladera escarpada de la montaña. Segundos después, cuando llegó, gritó: «Lo siento, doña Juana. Dios, llévame contigo», y a continuación se precipitó y cayó bruscamente a lo largo de la ladera. Fue un momento muy impactante para las dos, seguramente no lo olvidaremos nunca, pero nuestra relación seguía en pie y mejor que nunca.

El 5 de enero de 1845 es otro día que, sin duda, nunca olvidaré: fue el momento a partir del que nuestra relación ya no tendría ningún cabo suelto. Desde entonces,

todos los días que hemos pasado juntas han sido pasión en estado puro.

Y con nuestra historia podemos corroborar cómo el amor no prohibido pero mal visto es posible vivirlo con pasión.

Sin duda, mi vida ha estado repleta de felicidad y le doy las gracias a Dios por haberme unido a ella aquel día que admiramos juntas el amanecer más bonito jamás visto.

La verdad

Carlos Monedero
(Colegio Fray Luis de León,
Madrid)

12 de noviembre de 1832, Woodhorn, Northumberland, Inglaterra. 129

Aún sigo aquí, en mi habitación, consternado por lo sucedido y sin parar de darle vueltas a lo mismo. ¿Podría haber hecho algo? Nunca lo sabré con exactitud, aunque tengo un remordimiento que me indica que sí. Pero lo importante en este instante es seguir trabajando en la manera de encontrarla. Después de cuatro semanas, los rumores siguen y no parece que vayan a cesar. Nunca imaginé que un pueblo tan pequeño podría causarme tantos problemas. Eran tales las patrañas que comentaban sobre mi hija que me llegaban a enervar hasta la locura. Ya no distinguía entre el día y la noche, me saltaba tantas comidas que no recordaba cuál era el último bocado que había pegado y sentía como si mi alma errara por aquel poblado sin razón alguna. Hasta la policía había perdido la esperanza de encontrarla.

Solo pensar en lo sola que debía de sentirse en aquel momento hacía que se me cerrase el corazón, y mi pecho se hundía provocándome un dolor alarmante. Lo que más

me atormentaba era la idea de que, mientras ella estaba en un lugar lúgubre y tenebroso, temblando de miedo, yo estaba en aquel cuarto. Estaba sentado en una butaca cómoda que ya tenía la forma de mis posaderas. Llevaba sentado en ese mismo lugar unos tres días, divagando sobre todo lo ocurrido, tratando de darle una explicación. ¿Sabéis esa sensación de que tu vida ya no tiene sentido alguno? ¿De que todo por lo que luchabas y todo en lo que habías trabajado desde joven se desvanece sin tú poder evitarlo? Luego estaba el hecho de que cada minuto perdía un poco más de esa poca esperanza ya casi inexistente. A pesar de ello, el teléfono seguía encendido y yo ponía gran parte de mi atención en observar si entraba alguna llamada, pero hacía ya días que nadie llamaba.

Mi confianza era plena en mi hija y en su capacidad de supervivencia, mas no podía parar de repetirme que tan solo era una chica paliducha de unos catorce años. O eso creía. Me martirizaba el hecho de haber sido tan mal padre. No sabía ni el día de su cumpleaños ni la hora de su nacimiento.

Aunque no recordaba lo ocurrido con precisión, había llegado a pensar que ella se había escapado. Tan solo recordaba salir de noche con ella en un día precioso. La luna llena brillaba con todo su esplendor y su reflejo embellecía el mugriento lago de aquel pueblo. Lo siguiente que recordaba era que me había levantado de la cama lleno de dolores y agujetas cuya procedencia no sabía. Tenía una contractura en la espalda, como si hubiese andado cual animal. Sin embargo, esas teorías resultaban imposibles

de creer. Intenté levantarme de la butaca, pero mis piernas no respondían. Después de varios intentos lo conseguí, flaqueando como un niño que se acaba de poner de pie por primera vez, y caminé lentamente hacia el baño. Me duché con calma, llevaba varios días sin tener el placer de hacerlo, y me vestí con ropa limpia. Acto seguido, fui a su dormitorio y me senté en su cama. Abrí el armario y cogí su vestido preferido. Me lo puse en la cara y rompí a llorar al recordar ese olor tan agradable que poseía y que te trasladaba a un mundo fantástico en el que olvidabas las dolorosas verdades que llevabas auestas. Por un momento, sentí su voz que me llamaba, aunque se desvaneció al instante. Aun así, me lo tomé como una señal, una llamada de ayuda, un empujón para que dejara de holgazanear y me pusiera a tratar de encontrarla. Y eso hice. Nada más sentir ese haz de luz, me levanté corriendo y salí de la casa.

Estaba anocheciendo y el sol se ponía bajo las leves montañas del condado de Northumberland. Este resplandecía al iluminar los distinguidos techos de las casas. El pueblo de Woodhorn tenía un toque campestre. Las casas eran de piedra o madera de diversos y llamativos colores y sus tejados de pizarra inclinados resbalaban para proporcionarle a la casa una mayor seguridad contra las fuertes nevadas y un tono vivo. En su conjunto era una localidad agradable, aunque no muy animada, pues vivían apenas cien personas. Volviendo al motivo por el que había salido, una vez dada una vuelta por el pueblo y alrededores, divisé un lugar en el que nunca había

mirado. No solo por su mala fama y por la cantidad de rumores, sino porque no quería ni imaginarme que mi pequeña pudiera encontrarse en aquel dichoso sitio.

Me armé de valor y me dispuse a entrar. Al abrir las puertas de metal, se produjo un chirrido estremecedor que me provocó un escalofrío. Debía de hacer mucho tiempo que nadie entraba allí. Justo en el instante en el que iba a poner un pie dentro, una mano se posó en mi hombro impidiéndome entrar. Era huesuda y fría, y tenía una fuerza espeluznante. Me giré y mi cara cambió al ver que era el casero del hostel en el que me hospedaba. Me avisó de que cualquier ser vivo que había entrado en ese cementerio, nunca había vuelto atrás. Unos se suicidaban y otros morían por causas extrañas, mas nadie volvía. De hecho, los cuerpos de los últimos que se habían dignado a entrar yacían todavía en un terreno seco y árido. Dando por finalizada esa conversación, el casero se apartó y desapareció detrás de una neblina que acababa de emerger de la nada. Alcé la vista al cielo, donde distinguí una luna tan redonda y llena como la de aquella noche. Al entrar en el interior, sentí un pinchazo en la cabeza, seguido de varios mareos fuertes que me hicieron tumbarme en el suelo. Al cabo de lo que debieron de ser cinco minutos, pude recobrar las fuerzas suficientes para levantarme y continuar. Mi fuerza por reencontrarme con mi hija era mayor que el dolor que sentía y, sin saber cómo, mi cerebro lo reprimió y me permitió concentrar todo mi cuerpo en encontrarla.

Aun sabiendo que probablemente mi hija no se encontraba en aquel tétrico camposanto, un presentimiento

me indicaba que sí. Empecé a mirar por las tumbas buscando nombres conocidos. Estas estaban deplorables y se caían a trozos. Los nombres eran ilegibles y parecía que, con el tiempo, las letras grabadas en la piedra se habían agrietado. En la superficie de las tumbas no quedaba ni rastro de una flor con vida, tan solo algún indicio de una rama cuya flor se habría secado y volado hacía mucho tiempo. Eso era el resultado de que las personas enterradas allí no tenían familiares, y a aquellos que los tenían no les guardaban mucho aprecio. Repentinamente, me acordé de la maldición a la que se había referido el dueño del hostal. Todavía no me había ocurrido ningún percance, salvo aquellos desfallecimientos que llevaba meses teniendo, pero, sin saber ni cómo ni por qué, solo ocurrían una vez al mes, y habían coincidido con aquella noche en la que todo ocurrió.

Seguí caminando, aunque me preguntaba si lo estaba haciendo en círculos, ya que el cementerio desde fuera parecía un lugar pequeño, pero aterrador. Sin embargo, debido a la niebla que había aparecido de pronto, todavía no había divisado ninguna de las cuatro vallas que lo cerraban. Me extrañó tanto que me paré a descansar. El dolor de cabeza persistía y, de hecho, cada vez era más intenso. Conteniendo ese tormento y poniendo por delante el hecho de querer encontrar a mi hija, continué con la búsqueda. Media hora más tarde, estaba exhausto de tanto caminar y me paré a descansar. Me senté en una losa y fue cuando la vi. Había una lápida nueva que destacaba sobre las demás. Advertí que los datos grabados

eran legibles y eso me alegró, pues no era el único que había entrado recientemente.

Me extrañó el hecho de que lo único que aparecía en la lápida era la fecha: ~15/10/1832~. Esa fecha me dejó helado. No podía ser. No podía haber acabado de aquella manera. Comencé a desenterrar con las manos. Lo hice con tanto ímpetu que a los cinco minutos tenía las manos molidas, con heridas ensangrentadas y muy magulladas. Pero, por tercera vez, reprimí el dolor y seguí excavando con la misma rapidez. Unos minutos más tarde, encontré una mano; después, la otra; luego, las piernas, y, por último, la cabeza. En cuanto vi la pobre cara de mi hija, me entró una furia incontrolada, seguida de un profundo abatimiento que me dejó tendido en el suelo. Ese mínimo resquicio de esperanza acababa de salir de mi alma, que se había quedado fría y sola para siempre. Intenté llorar, no obstante, las lágrimas no brotaban de mis ojos cristalininos y lo único que se oía eran mis sollozos. Me fijé en su cuerpo. Tenía unos arañazos profundos en el pecho que le habían causado la muerte, pero eran tan profundos que solo podrían haber sido producidos por un animal. Pasadas lo que debieron de ser dos horas, caí dormido. Comencé a soñar, pero no fue un sueño cualquiera.

Soñé con aquel camposanto, una noche en la que había también luna llena y en el centro de aquel lugar se encontraban dos personas, una sobre la otra. Mi visión era desde arriba y se iba acercando lentamente. Cuando logré distinguir quién era la persona de abajo, casi me da un ataque al corazón. ¡Era mi hija! Un millón de preguntas

aparecieron de repente en mi cabeza, ya que estaba presenciando el momento en el que mi niña había fallecido y, no menos importante, tenía delante al presunto agresor. La imagen se iba agrandando hasta que pude ver como la desgarraba y la provocaba un dolor inhumano. Oí sus gritos como si estuviera a mi lado. Grité lo más fuerte que pude su nombre, aunque ella no parecía oírme. Tampoco alcanzaba a tocarla. Ya casi lograba ver a su asesino, a aquel hombre desdichado y arrogante que no tenía otro motivo para vivir que quitarle la vida a una pobre niña, con el dolor que conlleva al resto de sus seres queridos. Y, por fin, alcancé a verle la cara. No era un animal y no era un humano cualquiera. ¡Era yo! En ese instante, me desperté. Seguía en aquel cementerio, pero ya era de día y la niebla había desaparecido.

Todo lo que había creído, las mentiras que me había inventado, mis sospechas sobre alguna pobre gente, mis insultos hacia todo el que se metía con ella, para tratar de conservar su dignidad, cuando en verdad había sido yo quien le había arrebatado todo. A mi pobre niña, que prometía, que tenía futuro y muchos años por vivir, desgracias y alegrías que compartir, y todo se lo había quitado de las manos. Y, lo peor, es que era un hombre lobo. Con razón me entraban mareos con la luna llena. Con razón me despertaba sin saber lo ocurrido y con unos dolores de espalda atroces. Fue en aquel momento cuando me di cuenta de que no estaba hecho para vivir en aquel mundo, no estaba preparado para hacerle daño a tanta gente, y tampoco podría vivir con la conciencia de haber

matado a mi propia hija y a saber a cuántas personas más. En ese momento, llorando como nunca lo había hecho, saqué una pistola de mi bolsillo e introduje una bala de plata. Temblando y con el mayor miedo que yo haya podido recordar, me puse el cañón a la altura de la cabeza, y sabiendo que este era mi final, un final merecido, apreté el gatillo y dejé de sufrir.

La voz del mar

Aurora Pedreira
(Colegio Fray Luis de León,
Madrid)

Quedaba poco para que el sol se escondiera detrás del horizonte, por lo que apresuré el paso. Miré a mi alrededor, buscando algo que pudiera servirme de guía. Hacía ya una hora que intentaba regresar a casa, pero no encontraba el sendero por el que había venido. Sentí que la naturaleza me tragaba y mi desesperación aumentó aún más. Inspiré, y el olor a encinas invadió mi nariz. Retomé el paso y volví a perderme entre la vegetación. De pronto, llegó a mis oídos una voz hermosa. La melodía era un imán que tiraba de mí, me hipnotizaba. Dejé de escuchar el silbido del viento entre los árboles, el cantar de los pájaros, el crujir de las hojas bajo mis pies, mi propia respiración. Había caído en una especie de trance, pero no tenía miedo. Al contrario, la voz me acunaba con ternura y me transmitía calma y serenidad. Se introdujo dentro de mi cuerpo lentamente, sin que me diera cuenta. Mis piernas se movían solas y, a medida que avanzaba, el volumen era cada vez más alto. Siguiendo la melodía, acabé en una playa, escondida entre los altos acantilados. En frente de mí, distinguí el cuerpo de una mujer. El sol, que

ya se estaba despidiendo, me impidió apreciar todos los detalles de la joven, que estaba a contraluz. Me acerqué lentamente a la dueña de la voz que me había hechizado. Delante de mí, se encontraba la mujer más bella que jamás había visto. Sumergida hasta la cintura, su piel blanquecina brillaba con la luz del atardecer. La brisa suave hacía ondear su pelo negro como la noche, que contrastaba a la perfección con sus delicados rasgos.

La canción cesó y el silencio se mezcló con el murmullo de las olas. Al cabo de unos segundos, volví a tener el placer de escucharla.

—Es usted afortunado. Pocos son los hombres que han tenido la oportunidad de encontrarse con alguien de mi especie. Por eso mismo, me veo obligada a concederle un deseo.

Todo esto era muy extraño para mí. Además, yo seguía embrujado, por lo que me resultaba difícil enfocarme en las palabras que ella había pronunciado. Fruncí el ceño e hice un esfuerzo titánico para concentrarme y formular la siguiente pregunta:

—¿Qué clase de deseo?

—Dime qué es lo que más anhelas y yo te lo daré —sentenció con una pequeña sonrisa.

Le sonreí de vuelta, a pesar de que su respuesta no había disipado todas mis dudas.

—Sé que es una pregunta difícil, por lo que te permito meditar tu respuesta con más tiempo. Tienes un día para pensarlo y mañana a medianoche ven a esta playa, que yo estaré esperándote.

Cuando le iba a hacer otra pregunta, de las mil que rondaban en mi cabeza, ella desapareció. Se había perdido entre las olas y yo me había quedado parado, ahí delante, con la boca entreabierta y el ceño fruncido. A pesar de que la voz había cesado, tuve la sensación de que seguía bajo los efectos del hechizo. Me quedé unos minutos más esperándola, pero no apareció. Me di la vuelta y me encaminé otra vez hacia el bosque. Alcé la cabeza y mis ojos fueron a reparar en la luna, ya alta en el cielo. Fue un recordatorio del suceso mágico que había ocurrido en la orilla de la playa. Observando el cielo y con mis dotes de marinero, supe que ya habían pasado varias horas desde el atardecer. Sin embargo, para mí el encuentro con ella había durado escasos minutos. No los suficientes, desde luego. La necesidad de volver a verla creció en mí y pude afirmar con seguridad que yo no sería capaz de esperar hasta la medianoche del día siguiente. Con estos pensamientos circulando por mi cabeza, retomé el camino de regreso a casa.

A la mañana siguiente, me levanté al alba y me dirigí hacia aquella mágica playa. Después de un par de horas que se me hicieron interminables, llegué ansioso a la pequeña cala. Me quité los zapatos y, nada más mis pies tocaron la arena ardiente, la divisé a lo lejos. Estaba sentada en una roca y movía su cabeza al compás de una melodía que yo no alcanzaba a escuchar. Los rayos del sol incidían con fuerza sobre su rostro, obligándola a cerrar los ojos. Una gran sonrisa se formó en su cara, desvelando lo mucho que disfrutaba del momento. Aún con los

ojos cerrados, escurrió su pelo, haciendo que pequeñas gotas adornaran su piel.

No quise interrumpirla, pero de un modo u otro, reparó en mi presencia. Las comisuras de su boca se alzaron hacia una de sus mejillas y por un segundo distinguí un rastro de malicia en su boca. Mi presentimiento no duró más que un instante, ya que reemplazó sus labios ladeados por una cálida sonrisa. Estuvimos mirándonos en silencio durante unos minutos hasta que ella inició la conversación. Al principio parecía a la defensiva, como si hubiera construido una barrera entre nosotros. Debido a ello, yo hablé la mayor parte del tiempo, mientras ella me respondía con monosílabos. No obstante, pude apreciar con orgullo como, poco a poco, conseguí que se abriera y participara más en la conversación. Y así, derrochamos las horas: yo relatándole mis viajes y aventuras, y ella describiéndome las maravillas que el océano escondía. Durante todo este tiempo, respeté su espacio para que no se sintiera incómoda. No quería abrumarla ni que tuviera una imagen equivocada de mí, así que guardé las distancias. Sin embargo, a medida que ella se iba soltando, yo también me fui acercando lentamente hasta donde se encontraba. Ya hacía un rato que la joven había abandonado la roca y, durante nuestra conversación, a menudo se zambullía en el agua, salpicándome mientras el sol se iba escondiendo lentamente tras el horizonte. Al final, ya entrada la noche, me uní a su juego y ambos acabamos danzando entre las olas al son de un coro de risas y chapoteos.

Paulatinamente, se había levantado viento y comencé a tiritar. La corriente de aire avivaba las olas, ya muy embravecidas. Apenas le di importancia y seguí nadando a su lado. Contemplé su rostro, su cuerpo, que brillaban bajo la tenue luz del satélite. La joven, ahora callada, observaba el reflejo de la luna, que se agitaba al compás de la marea. Sus ojos destilaban dulzura y anhelo y, en ese instante, sospeché que yo la miraba de la misma forma. De pronto, despegó sus labios y rompió el silencio que reinaba entre nosotros. Su maravillosa voz se coló entre el oleaje, opacando mis sentidos por segunda vez. No podía dejar de mirarla y, desde luego, no estaba preparado para lo que iba a pasar a continuación. Se acercó lentamente, tanto que nuestras narices llegaron a rozarse. Su aliento golpeó mi rostro mientras ella pronunciaba lo siguiente:

—Ha llegado la hora de que me reveles tu deseo. ¿Qué es lo que más ansías en este mundo?

Mis ojos cayeron sobre su boca y apenas presté atención a la pregunta. Su belleza era tan abrumadora que me impedía formar palabras. Mis cuerdas vocales, como las de un viejo violín, habían dejado de funcionar. Su hechizo me privaba del habla, del pensamiento. Apoyó con delicadeza sus brazos sobre mis hombros. Y cuando pensé que por fin iba a probar sus labios, nos sumergió. Todavía pegados, pude percibir de forma borrosa como su pelo negro flotaba, impidiendo el paso de la luz lunar. La oscuridad invadió mi campo de visión, pero podía notar la presencia de la hermosa criatura.

Unos segundos después, mi cuerpo me pidió oxígeno, por lo que me impulsé hacia arriba. Sin embargo, sus brazos eran firmes y me tenían aprisionado. Intenté luchar, pero todavía quedaba rastro del hechizo sobre mi organismo. Mis movimientos empezaron a tomar fuerza, pero la sirena era mucho más poderosa. Se había enroscado alrededor de mi cuerpo lentamente como una serpiente que te envuelve hasta asfixiarte. Mientras tanto, sus uñas, que parecían más unas garras, se clavaban en mi ropa, desgarrándola y haciéndola trizas. Me encontraba completamente inmovilizado y una avalancha de emociones me golpeó. En ese momento sentí que el velo que tapaba mis ojos desde que la conocí se desvanecía. El encantamiento se evaporó y fue sustituido por el terror. Era mi culpa, fui yo quien había caído en sus redes como un iluso. Durante todo el día pensé que ella había actuado a la defensiva, cuando en realidad la joven había estado jugando conmigo. Me sentí como un títere movido a su antojo. Yo, que creía que ella por fin se estaba abriendo... Y, sin embargo, lo único que hizo fue trazar mi destino. ¡Ingenuo de mí! Me había dejado embaucar y ahora iba a fallecer allí, bajo el vasto océano. Desesperado, continué luchando. Tenía los brazos y las piernas agarrotados y la ropa, hecha jirones, me pesaba una barbaridad. Apenas me quedaba energía y sentí como mi cuerpo dejaba de combatir contra la fuerza que tiraba de mí hacia las profundidades. Mi organismo convulsionaba por la falta de oxígeno y oí un pitido en mis oídos. La cabeza me daba vueltas y supe que tan solo poseía unos segundos más

de vida. Alcé mi cabeza y pude ver con dificultad como aquella criatura, que había sido mi perdición, sonreía para luego alejarse rápidamente. Su cola de afiladas escamas agitaba el agua y me arrastraba aún más abajo. Sentí que estaba en un túnel oscuro, cuya salida se encontraba ya muy lejana. La figura de la joven alcanzó la luz y salió a la superficie. Mis brazos descendieron hacia mis costados, rendidos. El agua había invadido mi cuerpo y yo ahora formaba parte del océano. Mis párpados comenzaron a cerrarse mientras la voz que me había guiado hasta la muerte me arrullaba.

Resentimientos

María Pedreira
(Colegio Fray Luis de León,
Madrid)

Resentimientos

149

En el humilde reino de Ferness, una oscuridad inquietante invadía la noche. Los árboles se estremecían al compás del silbido del viento. Una lluvia espesa caía sobre la techumbre del castillo. El agua levantaba la tierra formando un barro compacto y denso.

Ferness era un reino a pocos kilómetros del mar. Rodeado por tres colinas, justo arriba, una impresionante fortaleza se alzaba con orgullo. El castillo albergaba al príncipe. Un hombre responsable, atento y con una cabeza asentada y organizada para el pueblo. A pesar de que todos los ciudadanos lo veneraban, sabían que tenía un pasado oscuro, que nadie podía olvidar.

En el grueso muro de piedra se reflejaba una sombra. La silueta se deslizaba precipitadamente; era una forma borrosa. La figura caminaba con un paso frágil. Era una especie de criatura encorvada y minúscula que deambulaba cerca del gran castillo. A diferencia del resto de los animales, portaba una monumental capa, además de un vestido, que rozaba silenciosamente el empedrado. Justo debajo de la manta, una señora con aspecto lúgubre

y desaliñado, con unas ojeras moradas y profundas que mostraban un rostro fúnebre y siniestro. Una melena canosa y maltratada invadía toda su cabeza, y unas manos finas y famélicas se escondían tras su ropa.

La anciana atravesó una ventana iluminada del piso inferior de la residencia. Empezó a buscar algo que solo ella sabía. Recorrió pasillos, habitaciones y salones donde la riqueza rebosaba. Nadie se fijó en ella, a pesar de sus incompetentes movimientos.

Llegó a un vestíbulo; una alfombra se extendía por toda la estancia y continuaba por las escaleras, que conducían hasta la torre más elevada, allí donde se alojaba el futuro rey.

La longeva señora subió a trompicones. Una puerta de roble se interpuso en su camino. Eran ya las dos de la mañana, poca gente paseaba a esas horas, por lo tanto, decidió abrir el desmesurado portón.

El dormitorio era maravilloso, la cama resaltaba sobre los demás elementos de la habitación. Aun así, lo más importante era el hermoso príncipe adormilado. Era una persona adulta con facciones de niño. Destacaba su piel blanquecina y suave, su pelo negro azabache que caía sobre sus ojos cerrados. Era alto y delgado. La expresión de sus labios transmitía serenidad y armonía.

La vieja señora se acercó, posó sus brazos sobre el cabezera de la cama. Se mantuvo durante varios minutos mirando a su hijo con la mente en blanco, pero recordó su deseo, debía continuar, debía recordar su anhelo de comprender cómo comenzó todo:

La reina bajaba las escalinatas maravillada por el día que le esperaba. Hoy era el cumpleaños de su niño. El rey se había encargado de organizar una gran sorpresa, ya que estaba ansioso por que su descendencia heredase pronto el trono.

Un grito sobrecogedor que tronó en el aposento del monarca llevó a la reina de vuelta a la realidad. La hermosa mujer corrió y, en cuanto abrió la puerta, se ahogó entre sollozos junto al príncipe. Su esposo había muerto por una simple y repentina pulmonía. Dentro de ella nació la esperanza, una ilusión incomprensible y macabra. El deseo del poder.

Desde ese momento se encerró en su cuarto. Sus familiares y sirvientes se alarmaron por la situación de la reina, nunca salía de la alcoba, solo a medianoche iba a por comida. Además, unos constantes quejidos y chillidos que provenían del dormitorio principal provocaron que los demás se trasladasen a una nueva vivienda.

La mujer cambió totalmente su físico: de ser una persona esbelta, alta, con una sonrisa preciosa que gobernaba su rostro y una piel suave y bien tratada, pasó a ser una criatura diminuta, con una joroba descomunal, una piel sucia y maloliente, y una sonrisa escalofriante.

Respecto a su hijo, no ejerció su fundamental papel de madre; su heredero no recibió el supuesto amor que debería haber tenido.

No se volvieron a ver durante años, la reina no podía consentir que el poder del reino se lo concedieran a su descendiente. Ella siempre se había sentido en la sombra,

simplemente la débil y frágil cónyuge del rey. Nadie prestaba atención a su opinión, y menos aún se le encomendaban los asuntos políticos del pueblo, simplemente asistía a las fiestas de medianoche sin separarse de su marido. Todo esto comenzó antes de que su niño hubiese nacido.

El gran tormento de su vida aumentó cuando nació un varón. Esto significaba el adiós a su deseo de supremacía. Cada vez que su niño cumplía un año más, era una puñalada para ella, significaba una primavera menos para tomar la corona. Tener un hombre más en la familia acarreaba estar escondida y marginada.

La reina intentaba no pensar en su capricho, pero cada vez que contemplaba al venidero rey experimentaba una rabia abominable que le cegaba los ojos. Incrementó su pasión y cada medianoche se colaba en la habitación del chico para contemplarlo durante largas horas. El presente le recordaba el pasado, salvo por una diferencia: él no dormía en una cuna, el apuesto príncipe soñaba en una grande y lujosa cama.

La dama rebuscó entre sus ropas; una señal de alivio apareció en su semblante mientras sostenía un puñal.

Aquella arma homicida era antiquísima, había pertenecido a la familia real de Ferness, simbolizando la valentía y coraje del reino. Había sido labrada por uno de los mejores gremios de armeros de todo el dominio. La pequeña espada estaba compuesta por dos filos, formada por una hoja cortante e hiriente. El puño de la daga estaba constituido por un puzle de piedras de esmeralda meticulosamente colocadas con un orden exacto. Medía

poco más que la palma de una mano, era extraordinariamente bella.

Se acercó a un lado de la cama a pocos centímetros del hombre que le había arrebatado su deseo. Le tocó suavemente el cuello, y de los ojos de la mujer viuda brotó la locura.

Empuñó fuertemente el arma; sabía exactamente en qué punto del cuerpo la iba a clavar, lo había estudiado metódicamente para que fuese una muerte de la que enorgullecerse, debía apreciarse que el homicidio se había planeado, y que se había trabajado durante años para conseguir un cuchillo como ese.

Sin pensárselo dos veces, clavó el puñal en la yugular. Segundos después, una alarmante cantidad de sangre emergía de la garganta del joven.

La piel de la víctima se volvió translúcida, unas venas moradas y colapsadas se apreciaban más de lo normal. Se formó una mancha roja que se dispersaba por la sábana blanca.

Lo más tenebroso de esa escena era la asesina, que se desplomó encima de la cama, junto al cuerpo muerto. Empezó a llorar, se asfixiaba en un eterno llanto mientras observaba sus manos llenas del espeso líquido rojo carmesí.

Había matado a su propio hijo; eso la convertía en alguien deplorable y sin ninguna razón para seguir viviendo. Había malgastado diez años de su vida apartándose de las personas, en vez de ver crecer y cuidar a su muchacho como todas las madres de este mundo.

Había estado ciega todo este tiempo. Siempre había pensado que su intención era gritar por las mujeres sometidas y excluidas por la sociedad, sin embargo, en ningún caso podía justificar la atrocidad que había cometido. Debía transigir, asumir que se encontraba en un mundo de hombres, los únicos con acceso al poder. Ni aunque se pudiese liberar del cuerpo muerto iba a acceder a la corona. No podría ocultar ese secreto.

Acarició la figura sin vida que se hallaba entre sus brazos. Por fin había sentido el amor de una madre hacia su hijo, que nunca había podido experimentar por lo turbada que estaba. Posó sus dedos en los labios ensangrentados. Aquel suceso la atormentaba, se sentía una persona sin vida, sin alma, sin ninguna ilusión. No merecía seguir con vida.

De repente, dejó de notar las lágrimas en sus mejillas. Un silencio bañó toda la habitación. La reina temblaba sin cesar. Lo iba a hacer, era necesario para ella, sabía que no podía callarse esa noche, la noche del 23 de octubre de 1846, cuando había ocurrido el más trágico suceso de aquel pueblo en la torre alta del castillo.

Tomó el artefacto con su mano, nuevamente una oleada de sangre salió por la pálida herida del hombre. Aferró el instrumento homicida con las dos manos y una rabia acelerada se adueñó de ella. Los latidos de su corazón resonaban en la estancia. Apuntó al cuello, pero no se merecía morir como el valeroso príncipe lo había hecho. Lo aproximó a su vientre. Quería que la muerte más escuchada fuese la de él.

Pensó en cómo había cambiado, echaba de menos sus pecas, que se asomaban en el verano, mientras exponía su cuerpo al sol; echaba de menos la voz chillona de su crío gritando: «¡Ayuda, mamá!».

Dio un largo suspiro, era su hora; al menos compartiría un momento clave con su hijo.

Asió el puño de la daga y, sin prolongar el sufrimiento, clavó el arma en su vientre, finalizando así la noche más sangrienta de la historia del reino.

Muerte tras la muerte

Paula Plaza de León
(Colegio Altamira,
Fuenlabrada)

Era el 1 de diciembre y el invierno comenzaba a vislumbrarse; había sido una noche fría de luna llena. Esa mañana, Carlos, un joven pastor de 30 años, que vivía en un pequeño pueblo de Castilla con su madre y su hermana, se levantó, como de costumbre, a las seis de la mañana para ir a su tenada a cuidar de su rebaño.

Hizo el menor ruido posible para no despertarlas. A continuación, como hacía cada mañana, fue a la cocina a desayunar: un poco de pan untado en aceite con una tira de jamón y un vaso de leche. Aunque la familia no tenía muchos recursos, no les faltaba nunca comida: ellos tenían ovejas, que les daban leche y corderos; cerdos, para hacer embutidos, y la cosecha de su huerta.

Tras desayunar, Carlos se dispuso a preparar su caballo para ir hasta la tenada y sacar a pastar a su rebaño. Poco antes de llegar a su destino, vio unas extrañas pisadas que se adentraban en el bosque y se perdían en la lejanía.

Pasó por la tenada de Jorge, su amigo desde la infancia; además, sus padres eran primos carnales y tenían terrenos compartidos. Habían quedado el día anterior,

necesitaba una reparación en el tejado de su tenada: las fuertes lluvias y el viento de la semana anterior se lo habían destrozado y le pidió ayuda a Carlos, ya que no disponía de otra persona capaz de hacer dicha labor. Pero cuando llegó, Jorge no estaba, encontró solo su rebaño arremolinado, como si hubiera visto algo extraño. Carlos pensó que, quizá, le había surgido algo y llegaría más tarde.

Se fue a soltar su rebaño y pasó el resto del día como de costumbre. Cuando llegó a casa por la tarde, su madre le contó que habían encontrado el cuerpo sin vida de una mujer, desangrada a la altura del cuello.

Al día siguiente, al pasar por el puente de los siete ojos, llamado así porque tiene siete vanos, a las afueras del pueblo, observó un grupo de gente apiñada. Se acercó a ver de qué se trataba y vio el cadáver de una mujer que había sido desangrada a la altura del cuello, igual que la del día anterior.

Carlos fue otra vez a la tenada de su amigo, para ver si ese día podían hacer lo del tejado, y observó pisadas por el camino, seguidas de manchas de sangre. En ese instante, Carlos se alarmó al ver ambas señales, temió por la vida de su amigo, por que hubiera corrido la misma suerte que la mujer del puente de los siete ojos.

Un poco más adelante, encontró tirada en el suelo la gorra que siempre llevaba puesta su amigo Jorge. La recogió para llevársela, pero en su tenada seguía sin haber nadie, por lo que se quedó todo el día preocupado, tenía miedo de que hubiera podido ocurrirle algo.

Por la tarde, cuando terminó su faena, decidió ir a casa de Jorge para llevarle la gorra e interesarse por él. Su familia estaba preocupada, llevaba dos días sin aparecer por casa. Carlos empezó a darle vueltas: ¿por dónde podía estar?, y se quedó algo más tranquilo al pensar que podría estar en la casa de su novia Catalina.

Aun así, cuando llegó por la noche a su casa, su madre y su hermana le notaron extraño: Carlos estaba absorto en sus pensamientos y mucho menos alegre de lo habitual. Apenas cenó nada, algo totalmente inusual en él, que era una persona a la que le gustaba mucho comer.

Como de costumbre, se fueron a dormir en torno a las once de la noche, pero cuando pasó una hora, Carlos, que en realidad no se había dormido, se levantó sigilosamente y salió de su casa.

Decidió ir con su caballo en busca de su amigo. Iba recordando los bonitos momentos que había pasado con él, cuando, al llegar al puente, su caballo se puso tan nervioso que sacó a Carlos de sus pensamientos.

Llegó al puente y, antes de cruzar, el caballo se detuvo totalmente y no quiso pasarlo. Carlos se preguntaba qué le estaba pasando, pues dicen que los animales presienten el peligro, y su caballo, un manso retinto, comenzó a levantar las orejas, ya que había percibido algo fuera de lo común unos metros más adelante.

El caballo comenzó a temblar y a corcovear, luego, rehusó seguir avanzando. Unos metros más adelante, se paró y comenzó a relinchar y a lanzar coces a diestra y siniestra. Carlos trató de calmarlo, le ordenó avanzar,

pero el caballo daba un paso hacia adelante y enseguida retrocedía.

Carlos empezó a sentir como un escalofrío recorría su piel, el ambiente nocturno cambió drásticamente y el caballo ya bufaba.

Sintió miedo, estaba viviendo la experiencia más terrorífica de su vida y, en un arranque de desesperación, azotó al caballo, se puso de manos y, finalmente, arrancó a galope pasando el puente a gran velocidad. Vio salir de uno de los vanos del puente una bestia negra y peluda. Carlos se sujetó al caballo, pues estaba muy asustado. Miró de reojo a la bestia que estaba entre los árboles, pero tenía tanto miedo que ya no sabía si soltarse o sujetarse a su caballo, que continuó a todo galope de vuelta a casa.

A la mañana siguiente, el joven pastor estaba agotado, ya que no había podido conciliar el sueño en toda la noche. De camino a su trabajo, pudo ver que se había producido un nuevo asesinato en el puente de los siete ojos.

Durante todo el día, Carlos estuvo pensando en el caso y llegó a la conclusión de que tenía que solucionarlo de alguna forma.

Esa noche, de nuevo, armado de valor, decidió situarse en la posición ideal para poder atrapar al asesino, y vigiló atentamente la zona donde se habían producido los asesinatos.

Pasaron horas y el pastor no vio a nadie, sin embargo, hacia las tres de la madrugada, comenzó a oír extraños ruidos.

Al final del pueblo, vio como una persona, parecía su amigo..., se transformaba en el monstruo negro y peludo, un ser terrorífico que emitió un fuerte aullido. Al instante se dio cuenta de que no se trataba de un humano, ya que no iba caminando. ¡Era una bestia, un hombre lobo...!

En ese momento, vio a doña Alejandra, la mujer del alcalde del pueblo, que se disponía a atravesar el puente para ir hacia su casa, cuando el hombre lobo se abalanzó sobre ella. Rápidamente, Carlos salió de su escondite y acudió a socorrerla. El hombre lobo, al ver a Carlos, lo miró fijamente y salió corriendo.

Carlos salió hacia la casa de Catalina, necesitaba comprobar que su amigo estaba allí, que no era la persona que se convirtió en el espeluznante ser que acababa de ver.

Cuando llegó a casa de Catalina, esta le comentó que llevaba tres días sin verlo, que no estaba preocupada porque el último día, al salir de su casa, le había mordido el perro lobo de unos cazadores y creía que estaba recuperándose de las mordidas.

Las sospechas de Carlos sobre el joven que sufrió la transformación estaban empezando a tomar forma, su gran amigo Jorge podía ser el hombre que vio convertirse en bestia y que había asesinado a esas mujeres.

Según tenía entendido, por una leyenda que contaba su abuelo paterno, en algunas ocasiones, si te muerde un perro lobo portador de la rabia, puede hacer que en las noches de luna llena te conviertas en hombre lobo. Su abuelo le contaba que aullaban de manera aterradora y

que, cuando casi es el amanecer, el hombre lobo vuelve a ser un hombre normal. Además, también le contaba que, para poner fin a la situación del hombre lobo, era necesario que alguien le batiera con fuerza en la cabeza.

Las noches de los asesinatos y de la agresión a doña Alejandra coincidían con la luna llena. Carlos no quería ni pensar en ello. Además, esos días, Jorge no había ido a dormir a casa ni tampoco a casa de su novia Catalina, y él, aunque con la oscuridad de la noche no podía asegurarlo al cien por cien, estaba casi seguro de que el joven al que vio sufrir esa transformación era su querido amigo. Y estaba tan seguro por sus ojos: cuando la bestia lo miró fijamente, Carlos pudo ver que su ojo izquierdo tenía la pupila mucho más grande que la del ojo derecho, y este problema lo tenía su amigo desde que nació. Aun así, no tenía seguridad plena de que fuera él. Además, Carlos pensaba que, aunque fuera él, no se le podía considerar responsable, ya que actuaba bajo el dominio de esa bestia.

Doña Alejandra estaba muy agradecida al joven pastor y le contó lo ocurrido a su marido. Inmediatamente, don José, que era un hombre muy justo y agradecido, prometió compensar a Carlos por su hazaña dándole una recompensa. De esta forma, Carlos y su familia no volverían a tener problemas económicos nunca más.

Carlos, que había visto todo lo ocurrido con sus propios ojos, le contó al alcalde el fenómeno anormal en el que un joven se transformó en una terrorífica bestia, pero lo que no contó al alcalde es que tenía sospechas de que pudiera ser su amigo.

Argumentó ante el alcalde que el autor de los asesinatos y de la agresión a su mujer tan solo era la mano ejecutora de esa bestia, no tenía control ninguno de su cuerpo ni de su mente.

El alcalde organizó grupos de vecinos para hacer vigilancias nocturnas en las noches sucesivas, pero no ocurrió nada.

¿Atacaría de nuevo en la próxima luna llena? ¿O, tal vez, llegarían otros hombres lobo atraídos por el que tenían en su pueblo?

El jardín

Juan Pérez
(Hastings School, Madrid)

El jardín

169

El conde Elsinore estaba buscando una residencia lejos de su hogar a la que poder retirarse de vez en cuando para descansar su mente del trabajo. Su búsqueda le conduciría a un pequeño pueblo llamado Cilados, lugar donde se vendía una enorme casa que podría complacer sus deseos.

Dos grandes puertas de madera chirrían mientras se abren para dar paso a una gran habitación situada en el centro de la casa. Y, finalmente, el salón, que dispone de unas puertas que llevan a la cocina y de otra puerta que conduce al jardín, que también se puede observar a través de las ventanas. El conde mira las ventanas detenidamente. Enormes ventanales que permiten pasar mucha luz y que, además, muestran un jardín amplio y verde con un gran árbol en el centro.

El conde levanta la cabeza y mira al techo, situado a mucha altura, donde se podrían colgar lámparas voluminosas y elegantes; también da un repaso a la fachada. Hay muchas habitaciones para él y para todo su séquito, cocinas grandes para preparar manjares deliciosos, un

salón colosal para que vengan muchísimos invitados, lejos de las preocupaciones del trabajo y a un precio muy asequible.

—¿Ha decidido ya si se va a quedar con la casa, mi señor? —le preguntó el vendedor que le había ido enseñando la fachada.

—Este lugar es precisamente lo que estaba buscando —respondió el conde asintiendo con la cabeza—. Incluso diría yo que es demasiado, ¿no hay ningún defecto ni nada similar? —preguntó el conde.

El vendedor se sorprendió por la pregunta, luego asintió lentamente y dijo:

—La verdad es que el propietario anterior era un hombre malvado.

—¿Pues cómo? ¿Qué actos de maldad cometió este sujeto? —preguntó el conde perplejo.

—Hace varios años, vivió en el pueblo un hombre llamado Rudolph Graham. Graham estaba fascinado por el cuerpo humano y desde que era pequeño sabía que se quería dedicar a la medicina, quería saber por qué sangramos, a dónde van los alimentos después de ingerirlos, por qué tenemos que dormir. Todas estas cosas mantenían a Graham despierto toda la noche. Simplemente no entendía cómo los demás no se morían de ganas por saber lo que ocurre debajo de nuestra piel. La curiosidad al final empujó a Graham a hacer algo horrible. Se tapó la cara con una máscara y el cuerpo con una capa y caminó hasta una carretera lejos del pueblo, donde no pasaba mucha gente. Esperó a que anocheciera y, cuando vio

pasar a un transeúnte solitario, saltó de entre las sombras y, con un afilado cuchillo, lo mató. Se llevó el cadáver a su casa, donde lo abrió por el estómago y empezó a explorar. Pero uno solo no fue suficiente. Se cuenta que murieron seis personas. Cada víctima era una oportunidad para aprender más y más. Graham se convirtió en un excelente doctor que pasaba consulta a miles de personas, cobrándoles un precio a cada uno. Consiguió suficiente dinero para construir esta casa, mas cuando la gente descubrió las atrocidades que había cometido, le ahorcaron. Hay gente que dice que los cadáveres fueron enterrados en el jardín y que aquel árbol creció de los nutrientes de los cuerpos.

El conde decidió quedarse con la casa, tenía un pasado oscuro, pero nadie tenía por qué saber eso. Cuando el vendedor se marchó con el dinero, el conde se quedó solo en la casa.

«¿A quién se le ocurre?», pensó el conde. «Matar a alguien para luego explorar su interior». El conde suspiró y pensó que, en este mundo, hay gente de todo tipo. Luego comenzó a andar hacia el jardín. Un buen paseo le ayudaría a olvidarse de aquella historia macabra.

El sol empezó a bajar y su luz dorada teñía el frondoso jardín. El conde Elsinore nunca se interesó demasiado por las plantas y desconocía el nombre de casi todas las flores, pero siempre pudo apreciarlas por su belleza. Su paseo le condujo hasta un pequeño porche con flores blancas. El conde se acercó para olerlas, una fragancia agradable llenó sus pulmones, junto con una bocanada

de aire fresco. El olor le transmitía un sentimiento de tranquilidad, familiaridad y seguridad.

El conde siguió explorando su jardín recientemente adquirido, pero su paseo se vio interrumpido. Allí estaba el árbol. El árbol que nació de los cadáveres de aquel hombre enloquecido. El conde se acercó con el brazo izquierdo extendido, posó su mano sobre el árbol y reflexionó sobre aquellos asesinatos de personas inocentes. Se quedó inmóvil durante un rato, mostrando respeto a todos los desafortunados, cuando sintió que su mano subía suavemente y luego bajaba.

El conde rápidamente quitó la mano, pensando que la había situado sobre un animal. Pero no había nada allí. Lentamente la puso otra vez en el mismo sitio. No ocurrió nada. El conde respiró profundamente, aliviado. Después de todo, este era un árbol normal que creció aquí y que sirve para... La mano se levantó y bajó suavemente, como si estuviese tocando un animal vivo que estuviera dormido.

El conde sentía respirar al árbol. Arrimó la cabeza para comprobar si, además de moverse, también hacía ruido, pero solo logró escuchar el graznar de unos cuervos. El conde se dio la vuelta para observar seis cuervos negros como el carbón posados en una rama.

—¡Tsch! —Movió la mano para ahuyentarlos.

Los cuervos emprendieron el vuelo hacia otro sitio. El conde acercó la cabeza una segunda vez. Un gruñido venía de dentro del árbol. El conde se apartó rápidamente, no quería pasar un minuto más cerca de aquella cosa.

«Cuando mis siervos vengan aquí mañana por la mañana, les obligaré a que corten ese árbol y lo usaré para alimentar mi chimenea», pensaba el conde mientras volvía a la casa.

Ya empezaba a oscurecer cuando entró en su colosal morada. Subió las escaleras de mármol y entró en la habitación que pronto se convertiría en sus aposentos. Estaba vacía. Lo único presente era una ventana. El conde se acercó, curioso por ver lo que se podría observar desde la ventana. Y allí lo vio: el árbol.

El conde bajó por las escaleras corriendo. Salió de su mansión y se dirigió hacia el pueblo más próximo. Ya había anochecido y para combatir la oscuridad en el pueblo habían prendido las velas. El conde entró por una calle llena de ventanas iluminadas por las llamas amarillas, se fijó en los carteles hasta que vio uno que anunciaba que en ese establecimiento se vendían armas y cuchillos.

—¿No cree que es un poco tarde para salir a cortar madera? —preguntó el tendero con un tono cansado. El conde no respondió. Salió del establecimiento con un hacha en la mano.

Cuando llegó a la casa, era ya muy tarde y casi no se veía nada. El conde usó un farolillo, que también había comprado en la tienda, para ver en el jardín. Llegó hasta el árbol y, sin más dilación, le dio un hachazo en el tronco.

Un grito agudo proveniente del árbol rompió el silencio de la pacífica noche. El conde tiró del hacha, que se había clavado en el tronco, después de tirar un poco más,

se separó. El conde inspeccionó la hoja antes de usarla otra vez, parecía estar cubierta por un líquido rojizo.

—¿Qué es esto? No puede ser sangre. Solo los animales sangran.

Pero antes de que el conde pudiese comprender lo que estaba sucediendo, sintió un pequeño temblor en el suelo debajo de él. La hierba pareció temblar y del suelo surgió una raíz que se enredó alrededor de su pierna izquierda. El conde, aterrorizado por lo que estaba sucediendo, intentó golpearla con su hacha, pero por muchos golpes que recibiera no se soltaba, al contrario. Cada vez apretaba más y más y más. La raíz, lentamente, volvió a hundirse en la tierra, llevándose al conde con ella. Perdida toda esperanza, el conde empezó a gritar, y siguió gritando mientras su cabeza se sumergía en la tierra.

Ya no se podía ver al conde, pero aún se escuchaban sus gritos, que surgían de la tierra. Luego se escucharon unos pocos más. Y finalmente se hizo el silencio.

Crepúsculo en sus ojos

Pablo Sacristán Ruiz
(Colegio La Inmaculada,
Madrid)

Crepúsculo en sus ojos

Atardecía.

177

Aramis se despertó como cada tarde en la antigua sacristía de una antigua iglesia abandonada, ahora en ruinas. Se desperezó y salió fuera de lo que se había convertido en su hogar en los últimos siete meses. Se encaminó hacia el altar de la iglesia, donde se encontraba un enorme lienzo cubierto por una sucia y estropeada lona. Arrancó la lona y observó con seriedad y tristeza la pintura que se encontraba plasmada en el lienzo.

Se retrataba a una joven de cabello rubio como el sol, tenía una sonrisa que transmitía alegría y reconfortaba el corazón. Vestía ropas de color blanco con franjas azul cielo. Pero había un detalle que faltaba: los ojos. Había un hueco blanco donde debería estar el iris.

Aramis miró con desdén el lienzo y se alejó hacia un acantilado cercano. Se sentó a orillas del acantilado y contempló con tristeza el hermoso atardecer. Sintiéndose impotente, emitió un lastimero suspiro y volvió a mirar el atardecer.

—Yo, un pintor de enorme talento, no soy capaz de pintar unos ojos —se regañó con rabia y amargura. Vol-

vió a suspirar y sonrió con tristeza y nostalgia—. Pero, claro, son sus ojos. Del color del crepúsculo.

Su acento al hablar le delataba como francés, pero había perdido parte al encontrarse en la zona noroeste de la península.

La suave brisa de la tarde agitó su cabello oscuro y sus tristes ojos azul cielo reflejaron el triste amanecer y empezó a recordar su triste e irónico destino.

Fue uno de los quinientos «afortunados» en viajar a España para contener a las masas durante el reinado de José Bonaparte. Entraron atravesando los Pirineos con la excusa de ir a Portugal y llegaron hasta Finisterre. Pasaron la noche allí y al alba fueron asaltados por los insurgentes de la zona.

Aramis consiguió escapar y huir, pero pagando el precio de un disparo perdido en su costado. Corrió durante lo que le pareció que eran días hasta hallarse en un frondoso bosque ya atardeciendo. Corrió por el bosque, hasta que desfalleció y se desmayó.

Al despertar se encontró con el dulce rostro de una joven que oraba en silencio. Cuando trató de levantarse, llamó su atención y ella alzó su rostro, que se iluminó de alegría al ver que su paciente se había despertado.

—¡Has despertado! —exclamó con alegría la joven.

Aramis miró asombrado a la joven; era lo más bello que jamás había visto. Cabello rubio, labios escarlata y unos ojos cuyo color no podía determinar.

—¿De qué color son tus ojos? —gimió Aramis mientras trataba de incorporarse.

Ella se sorprendió por la pregunta y respondió dulcemente:

—Nadie lo sabe. Lo que dice la gente es que son como el crepúsculo, de un rojo intenso y oscuro y a la vez llenos de vida. —Entonces Aramis se llevó la mano a su vendado costado y adoptó una mueca de dolor—. La herida no es muy grave, en un mes estarás recuperado. Debo irme, volveré al atardecer.

Ella se marchó rauda hacia el bosque sin que Aramis pudiera preguntarle su nombre. Se encontraba sobre el altar de una abandonada iglesia. Su techo estaba derrumbado y los rayos del sol caían sobre los derribados muros de aquel sitio, los bancos estaban destrozados y no había sagrario.

Se le levantó la moral al ver un lienzo en blanco que asomaba desde la sacristía. Se incorporó con dificultad y se dirigió hacia la sacristía tambaleándose, mientras meditaba sobre la identidad de la mujer que le había salvado. Sacó el lienzo con dificultad, pues se encontraba atascado entre varios objetos que habían sido amontonados unos sobre otros. El lienzo no era muy grande, poco más alto que Aramis, pero se encontraba en un sorprendente buen estado, con algún pequeño desperfecto.

—¿Qué estás haciendo? —chilló una voz detrás de Aramis que casi le mata del susto.

Aramis se volvió para ver a su interrogante y se alivió al ver que se trataba de la chica que le había salvado.

—Había encontrado este lienzo y decidí sacarlo.

—Ya casi ha anochecido. Busquemos un lugar donde puedas pasar la noche —suspiró la joven y se dirigió hacia la sacristía.

Aramis se acercó donde estaba la joven y la ayudó a abrir la puerta de la sacristía. Ambos se asombraron al ver la enorme cantidad de objetos acumulados, y la desconocida empezó a quitar cosas de en medio. Aramis se sorprendió por la iniciativa de la joven y comenzó a ayudarla.

—No me has dicho cómo te llamas —comentó Aramis mientras transportaba el sagrario y lo arrojaba.

—Inés —respondió la joven mientras arrojaba un cáliz.

—Soy francés —dijo Aramis, y hubo un pequeño silencio.

—Ya lo sabía. Se te nota por el acento, ¿qué ocurre con eso?

—Os estamos gobernando y mandan tropas para reprimir a las masas, ¿por qué me ayudas?

—¿Por qué no iba a ayudarte? Estabas herido y necesitabas ayuda. Da igual si eres de aquí o de Francia, porque somos personas y las personas deben ayudarse sin importar su condición —argumentó Inés tras meditarlo un poco.

Aramis detectó que decía la verdad y que ella tenía razón. Además, empezaba a coger cariño a esos ojos escarlata.

—¿Entonces no me guardas rencor?

—¿Por qué iba a guardarte rencor? No me has hecho nada. Me caes bien, puede que el resto te repudie, pero creo que no soy la única. Me gustas tal y como eres.

Ambos se sonrojaron y terminaron el trabajo sin decir ninguna palabra más. Al rato consiguieron crear un pequeño hogar: ya era plena noche.

—¿Crees en el amor a primera vista? —preguntó con timidez Aramis.

—Por supuesto. Lo tengo delante —contestó Inés y le besó.

Aramis dejó de sentir la herida del costado y el resto de sus preocupaciones, nunca se había sentido mejor en su vida. Entonces, ella se separó bruscamente de él y echó a correr en la oscuridad.

Pasaron cinco meses y había conseguido material para pintar sobre el lienzo. Durante un paseo por el bosque encontró a varias personas colgadas en los árboles por el cuello con heridas de bala. El miedo le invadió y corrió a través de los cuerpos colgados buscando a Inés. Cuando anocheció, la encontró: estaba colgada en un pino con tres heridas de bala en el pecho y se veía que la habían forzado a tener relaciones. En su frente estaba escrito *prostituée*, «prostituta» en francés.

Aramis sacudió la cabeza y volvió hacia el lienzo con paso pesado. Miró con nostalgia el lienzo y se miró la muñeca.

«Dicen que la sangre es el color que más se parece al crepúsculo», recordó Aramis que le dijo un maestro a su alumno un día que pasaban por el bosque.

Sacó un cuchillo de la sacristía y volvió al lienzo con la paleta de colores y un pincel. Miró con determinación y tristeza el lienzo y dijo con voz solemne:

—Un último tributo a la mujer que amo. Daré mi vida para terminar mi obra y finalmente reunirme contigo.

Aramis se hizo un corte en la muñeca y la sangre que derramaba la vertía sobre la paleta de colores. Empezó a dar la primera capa de pintura con su sangre, y luego siguió con colores normales. La vista se le nublaba a la vez que pintaba, pero estaba decidido a terminarlo. Perdía mucha sangre, pero no le importaba, lo único importante era su obra.

Dirigió una débil sonrisa al terminar, que se tornó en una mueca de terror: la figura de Inés salió del lienzo a la vez que lloraba sangre.

En silencio, ella tomó la mano de Aramis y su llanto se intensificó por la herida que él se había infligido. Aramis no sabía qué decir y estaba en silencio.

Ella se aproximó a los labios de Aramis y le besó tan intensamente como la primera vez. Aramis no se dio cuenta de que Inés se aproximaba al lienzo hasta que ya era tarde. Ella se introdujo en el lienzo con Aramis, donde quedó retratado cómo ambos se besaban a la luz de la luna ajenos al resto del mundo.

No lo olvides

Ionela Serbanescu
(Colegio Bienaventurada
Virgen María, Madrid)

Massachusetts, 20 de noviembre de 1886.

—¿Por qué no puedo ir allí, madre? —pregunté con curiosidad.

—Porque no, Abby, es muy peligroso y no hay más de qué hablar —respondió mi madre.

Aún no comprendo por qué mi madre no me deja adentrarme en el bosque. En unos días cumpliré dieciocho años y tengo una enorme curiosidad por saber por qué me prohíben la entrada allí y qué tan peligroso es entrar. Bueno, al menos lo tengo decidido, nada más cumplir los dieciocho, con mucho dolor, engañaré a mi madre e iré al bosque a inspeccionarlo.

26 de noviembre.

Hoy es el día, al anochecer me escaparé y me adentraré en el bosque que tanto me niegan visitar.

Pasadas unas horas ya comienza a oscurecer y este es mi momento, llegó la hora deirme y voy directa a la ventana para salir por ella. Cuando lo consigo, salgo corriendo en dirección al bosque prohibido.

Al llegar ya está demasiado oscuro y apenas se puede ver nada, solo la luz de la luna es la que me ayuda a saber por dónde voy. Pasados unos minutos, escucho una risa que parece de un niño. Al momento comienzo a escuchar un llanto, y después otra risa; no sé de dónde viene, pero intento escuchar mejor y procuro encontrar a quien produce esos sonidos. No me demoro demasiado y encuentro a un niño que ahora se reía y al segundo empezaba a llorar. Al acercarme cada vez más, el niño se da cuenta de mi presencia, se gira para verme y rápidamente se va corriendo. Intento alcanzarlo, corro hasta no poder más, pero él es más rápido que yo y desaparece en la oscuridad de la noche. Decido parar de correr y, cuando me fijo en lo que hay a mi alrededor, me doy cuenta de que no conozco nada; no sé dónde estoy, me he perdido. Empiezo a tener mucho miedo, mis piernas tiemblan y caigo al suelo: «¿Cómo regresaré a casa ahora? ¡No sé el camino!».

—Por favor, Dios mío, ayúdame —sollozaba—. ¿Ahora qué hago?

—No llores, niña, no te preocupes, yo te ayudaré a salir de este bosque —dijo una voz escalofriante detrás de mí.

Al girarme, había un señor de unos sesenta años con un traje desgastado y muy sucio. Yo, sin dudarlo, confíe en él, solo quería salir de ese bosque y regresar a casa con mi madre. Me levanté del suelo y seguí al anciano, que ya estaba caminando, guiándome hacia la salida. Todo el trayecto lo pasamos en silencio, ninguno de los dos hablaba y había momentos en que el señor se giraba para verme y su mirada me daba escalofríos.

Por fin llegamos a la entrada del bosque y, antes de irse el anciano, me miró y me dijo:

—No olvides que yo te he ayudado. —Y, dicho eso, se fue.

No le di mucha importancia a sus palabras y, sin dudar, salí corriendo en dirección a mi casa.

—¡Madre!, ¡madre! Perdóname —gritaba y lloraba mientras entraba en casa.

—¿Dónde estabas, hija? Te he buscado por todas partes, Abby.

—Lo siento, fui al bosque, tenía curiosidad, casi me pierdo, pero un señor me ayudó a encontrar el camino de regreso.

—¿Cómo que fuiste al bosque? ¡Lo tienes prohibido, Abby! Y... ¿qué señor te ayudó? ¿Cómo era?

—Ya sé que me lo prohibiste, pero quería investigar y... lo siento mucho.

—Pero dime cómo era ese señor, ¿qué edad tenía? ¿Cómo vestía?

—Tendría unos sesenta años y vestía un traje muy sucio y viejo.

—No puede ser...

—¿Qué sucede madre?

—Abby, no deberías haber entrado allí, ¡ese señor no existe!

—¿Cómo que no? Yo lo vi.

—Hija, en ese bosque han sucedido cosas escalofriantes.

—Por favor, cuéntame la historia madre, quiero saber.

—Está bien... Hace muchos años, existía una familia que vivía en una gran casa dentro del bosque; esa familia nunca salía de ahí, vivían encerrados dentro. Un día se escucharon muchos disparos y todos dicen que murieron, pero nunca nadie fue a sacar los cuerpos. Antes de que tú nacieras, fui al bosque con tu abuela a recoger moras; ese día me perdí, estuve horas llorando hasta que un señor, el mismo señor que tú me describes, quiso ayudarme a volver con mi madre. Por eso te digo que es imposible que te haya ayudado ese anciano, es imposible que sea el mismo.

—Pero... no puede ser, eso no es cierto madre, no es el mismo hombre, seguro que te estás equivocando.

—No, hija, no me equivoco, pasan muchas cosas extrañas dentro del bosque, cosas que no quiero escuchar más. Ahora ve a dormir que es tarde.

—Buenas noches, madre.

No puedo dormir, no después de lo que me ha contado mi madre, es todo tan raro; cada vez tengo más curiosidad por saber qué sucede allí, pero no debo ir otra vez, no quiero perderme de nuevo.

Ya han pasado dos horas y es muy tarde, y yo sin pegar ojo. Lo siento, madre, pero tengo que volver, tengo que averiguar todos los secretos que esconde ese lugar y esa casa. Vuelvo a escaparme por la ventana y al rato vuelvo a encontrarme con el principio del misterioso bosque.

Comienzo a caminar y a caminar y a lo lejos consigo ver una gran casa, me voy acercando y ya me encuentro en la puerta.

—¿Hay alguien ahí? —pregunto abriendo un poco la puerta que al parecer no estaba cerrada.

Al final decido adentrarme en la casa y voy inspeccionando cada habitación y en cada una van sucediendo cosas más extrañas. Al principio, escucho susurros; luego, algún golpe o ruido, y en la última habitación en la que entro escucho hasta un «Vete de aquí».

No le hice mucho caso a nada y seguí examinando todos los rincones de la casa, hasta llegar a la puerta del sótano. Giré el pomo y empujé un poco para abrir la puerta. Esta daba a unas escaleras que descendían a una sala oscura. Comencé a bajar y, cuando iba por la mitad, la puerta se cerró detrás de mí, provocando un gran estruendo. Seguí bajando hasta que llegué. Al entrar en la sala olía muy mal, demasiado mal; quise ver mejor y empecé a buscar algo con que alumbrarme, pero no encontraba nada. A punto de rendirme, tropecé con algún objeto y caí al suelo; al levantarme me apoyé en una mesa donde había un farol y unas cerillas. Encendí el farol y, al ver con lo que me había tropezado y todo lo que se encontraba alrededor, me quedé paralizada. El suelo estaba lleno de cadáveres malolientes. Me asusté de tal manera que no corrí, simplemente me quedé ahí parada. Estuve un rato paralizada hasta que reaccioné y salí corriendo, pero alguien o algo me agarró del pie, caí al suelo, me golpeé en la cabeza y me desmayé.

No sé dónde estoy, pero sé que estoy dormida y quiero despertarme, me duele mucho la cabeza. Hago un esfuerzo y abro los ojos, pero la luz del sol me da en la cara

y vuelvo a cerrarlos, vuelvo a intentarlo poco a poco y esta vez lo consigo, abro los ojos y veo que estoy tumbada en una cama de hospital. De repente, recuerdo todo lo sucedido y comienzo a alterarme. ¿Quién o qué me habrá cogido del pie? ¿Cómo acabé en el hospital? No lo entiendo.

—Hola, Abby, soy la doctora Ann. Suponía que estabas despierta y venía a decirte que estás perfectamente y lista para irte a casa, pero primero hay un policía que desea hablar contigo.

Sin entender nada asiento. Un hombre joven, de unos veintisiete años, pasa y comienza a hacerme preguntas.

—Hola, soy Harry, y quiero hacerte unas preguntas. ¿Qué hacías en el bosque tan tarde?

—Yo estaba en una casa en el bosque, mi madre me lo contó, la familia murió, ocurrían cosas extrañas y yo fui a esa casa, me encontré los cuerpos de las personas que mataron.

—Pero, señorita, la casa de la que usted me habla fue quemada hace muchos años. Además, según me han comunicado las enfermeras, usted es huérfana, su madre murió al dar a luz.

—Eso no puede ser, yo lo vi con mis ojos, me está mintiendo.

—Le aseguro, señorita, que esa casa fue destruida. Puede ir a verlo usted misma, yo la acompaño.

Salimos del hospital y comenzamos a andar en dirección al bosque. Llegamos, nos recorrimos el bosque entero y no encontramos ni rastro de la casa, ni de los cadáveres,

ni del niño que vi llorando y riendo, y ni siquiera del anciano que me ayudó.

—No puede ser, oficial, usted tiene razón, en realidad no hay ninguna casa en este bosque, todo fue... fruto de mi imaginación...

Aquí acaba este libro
escrito, ilustrado, diseñado, editado, impreso
por personas que aman los libros.
Aquí acaba este libro que tú has leído,
el libro que ya eres.